

666

Lapata

El anillo de Hierro

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GENERO EN ESPANA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de mas de 60.000 acepciones

Cuaderno 23—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 67 á 69)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

**EL ANILLO DE HIERRO.**



# EL ANILLO DE HIERRO,

DRAMA LÍRICO

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

MÁRCOS ZAPATA,

MÚSICA DEL

MAESTRO MARQUÉS.

Presentado en el Teatro de Jovellanos el 7 de Noviembre de 1878.

QUINTA EDICION.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18

1882.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARGARITA, hija del Conde William Belfort.....	SRA. FRANCO.
LEDIA, aya de Margarita.....	BAEZA.
RODOLFO, pescador.....	SR. DALMAU.
EL ERMITAÑO RAMON.....	FERRER.
EL CONDE WILLIAM BELFORT...	BANQUELS.
RUTILIO GUÁLTER, baron de San Marcial.....	SALA.
TIBURON, compañero de Rodolfo...	TORMO.
UN NOTARIO.....	D. N. N.
Servidumbre del castillo de William Belfort, pescadores y gent de la aldea.	

---

La accion de la fábula se supone en las costas de Noruega, á fines del siglo XVIII.

---

Por derecha é izquierda entiéndanse las del espectador.

---

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS DE A. GULLON y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los editores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# A BLANCA PORCEL

MARQUESA DE VILLA ALEGRE Y SAN MILLAN.

*En testimonio de entrañable afec-  
y cordialísima amistad*

*El Autor.*



---

*Acto (Reclamo)*  
*of unknown origin*

## ACTO PRIMERO.

---

*scenery*  
*front*  
*hallway*

Una aldea en las costas de Noruega.—A la derecha del espectador horizonte de mar y los límites de la playa en el espacio próximo á los bastidores; á la izquierda rompientes de rocas; al fondo, primer término, sobre una costa elevada, y con una de sus fachadas frontera al mar, un hermoso castillo del Renacimiento, almenado, pero sin fosos ni defensas militares, con puerta de frente y camino en declive que baja hasta la escena; en segundo término la iglesia de la aldea y algunas casas de modestísima apariencia que ocupan todo el fondo izquierdo, donde tambien puede figurarse alguna vegetacion lejana.—Al levantarse el telon aparecen junto á la playa un grupo compacto y numeroso de hombres, mujeres y niños de la aldea, mirando al mar y esperando con ansia la llegada de los pescadores.

## ESCENA PRIMERA.

*culi*  
PESCADORES y gente de la aldea.

### MUSICA.

CORO. De pescadores en lontananza.)  
Tranquilo está el cielo,  
serena la mar,

y rotos los brazos  
de tanto remar.  
Salid, salid,  
volad, volad,  
que henchidas de pesca  
las redes están.

---

CORO. (En la escena.)

El cielo tranquilo,  
serena la mar,  
y henchidas de pesca  
las redes están.

Venid, venid,  
bogad, bogad,  
y brille el tesoro  
de la inmensidad.

(Saltan los pescadores en tierra.)

---

CORO GENERAL.

¡Hurra! ¡hurra! boguemos, boguemos,  
la plácida costa nos brinda su amor,  
y al sonoro compás de los remos  
entonen los labios plegarias á Dios.

Dios clemente, Dios bendito,  
tu poder es infinito,  
tú nos colmas de alegría  
con el pan de cada día.

Gloria al Señor,  
gloria al Eterno,  
¡Gloria, gloria á Dios!

Venid, venid,  
volad, volad,  
que ya está en las playas  
el fruto del mar.

---

Con vivos acentos  
y puro fervor  
entonen los labios  
plegarias á Dios.  
Venid á la costa  
que os brinda solaz,  
y salte en las playas

el fruto del mar.

Venid, venid,  
bogad, bogad  
que ya está en las playas  
el fruto del mar.

CORO GENERAL. Tranquilo está el cielo,  
serena la mar,  
y rotos los brazos  
de tanto remar.  
Venid, venid,  
mirad, mirad,  
el rico tesoro  
que el golfo nos da.

CORO GENERAL. Henchidas de pesca  
las redès están,  
bendito mil veces  
el pródigo mar.  
Clemente sus dones  
nos brinda el Señor,  
bendita por siempre  
la gracia de Dios.

(Comienzan á distribuir el pescado de á bordo entre la gente de la aldea. Gran animacion, pero sin alboroto ni exageraciones. Durante este juego escénico bajan del castillo Margarita y Ledía, llegando silenciosas hasta el primer término izquierdo.)

## ESCENA II.

MARGARITA y LEDIA.

HABLADO.

MARG. Acerquémonos; ya saltan  
los pescadores en tierra.

LEDIA. Pero, señora, por todos  
los ángeles... por aquellas  
once mil... por los tres clavos...

MARG. ¡Calla! (Á Ledia con enojo.)

LEDIA. Por santa Prudencia...  
por san Teodorico el Godo...  
por san...

MARG. Que me aturdes, Ledia.

LEDIA. ¡Por el san Juan *Ante-portam  
latinam!* que es á mi cuenta  
el santo más portugués  
que santificó la iglesia.  
Ved, reparad, discurred...

MARG. ¡Vanamente te molestas!

LEDIA. ¡Y si vuestro padre el conde?...  
¡Dios me la deparé buena!  
lo que es á mí, me hace. . ¡rás!  
como quien rotuerce cuerda.

MARG. ¡Cuánto tarda! (Impaciente y triste.)

LEDIA. (Si yo luégo  
con habilidad pudiera  
disuadirla . . ¡pero quiá!)

MARG. ¡Tú no le ves? (Con ansiedad.)

LEDIA. Si no acierta  
el amor; que es lince, ¿cómo  
quereis que una pobre ciega?...

MARG. ¡Dios mio! (Con angustia.)

LEDIA. ¡No hay que apurarse!...  
Me calaré las vidrieras.

(Poniéndose los anteojos.)

¡Cuánta gente!... Se conoce

(Mirando á la playa.)

que ha sido la tarde buena.

MARG. ¡Oh! ¿Le ves?

LEDIA. Ni por asomo.

MARG. ¡Me devora la impaciencia!

Aproxímate y pregunta!

(Con la mayor ansiedad.)

LEDIA. ¡Dios de su mano me tenga!

¡Preguntar!... esa sería

la mayor de las torpezas!

(Desaparecen por la izquierda cruzando el escenario los pescadores y gente de la aldea, conduciendo algunos remos, cuerdas, redes y banastas.)

Mas ¿qué miro? ¡Tiburón!

(Indicando hácia la playa.)

MARG.

¡Tiburón!

LEDIA.

¡Soberbia pieza!

Un español trasplantado  
en las costas de Noruega.

Separaos, y dejadme  
que lo interrogue con cierta  
habilidad: ¡es el tal  
un tuno de siete suelas!

MARG.

¡No olvides que estoy en ascuas!

(Váse por la izquierda.)

LEDIA.

(¡Ay amor, bendito seas!)

(Viene Tiburón por la izquierda con las manos  
metidas en los bolsillos de la chaqueta, tararean-  
do una seguidilla y mirando hácia las ventanas  
del castillo.)

### ESCENA III.

LEDIA y TIBURÓN.

TIBURÓN. Si por cada mentira (Tarareando.)  
que me regalas  
te arrancasen un pelo,  
serías calva.

LEDIA. ¡Eh! buen mozo... (Al pasar Tiburón.)

TIBURÓN. (Parándose con sorpresa cómica.)

¡Quién va allá!

¡Hola! ¿Sois vos?

LEDIA. (Con rapidez.) ¡Ten la lengua!

Oye, Tiburón:

TIBURÓN. Escucho.

(Aseguran que esta vieja  
tiene muy buenos doblones;  
apechuguemos con ella.)

LEDIA. ¿Dónde está Rodolfo?

TIBURÓN. Allá

sobre la mar turbulenta,  
sobre las hinchadas ondas,  
como dicen los poetas.

LEDIA. ¿Quieres responder?...

TIBURÓN. Primero

es necesario que sepas  
la historia de un desdichado,  
por si te hace alguna mella...

LEDIA. ¿La tuya?

TIBURON. Precisamente.

LEDIA. Y á mí, ¿qué me importa?

TIBURON. Ledia,

¿no conoces que te estoy  
queriendo... á la marinera?

LEDIA. Déjate de bromas.

TIBURON. ¿Bromas?

LEDIA. ¡Qué pesadez!

TIBURON. Oye, prenda.

(Con solemnidad cómica.)

Nací en Cádiz una noche  
entre parda y entre negra;  
hijo de padres honrados...  
pero... sin una peseta.

No fué preciso llevarme  
por la mañana á la iglesia,  
pues sin salir de mi casa...  
me bautizó una gotera.

Fuí creciendo y fuí creciendo  
con una vida resuelta,

y esto lo digo, porque  
cuando yo pedía teta,  
á falta de mi mamá,

pues la pobre estaba seca,  
me colocaba mi padre

el pulgar de la derecha  
entre mis labios, diciendo:

«Aprieta, Perico, aprieta...»  
un dia se descuidó

y me le comí la yema!

LEDIA. Pero, Tiburon del diablo,  
¿quieres callar?

TIBURON. Ten paciencia,  
que aunque no muy divertida,  
es una historia muy cierta.

Desde mis primeros años  
aborrecí las escuelas,  
y entré á remar en un bote

á las quince primaveras.  
Á los diez y ocho, en la playa  
me llamaban el *Gatera*,  
á los veinte, *Poco Miedo*,  
y á los veintiuno, *Tremendas*.  
Á los veintidos y pico  
armé una marimorena  
con un maton de Chiclana...  
y le rompí la cabeza.  
Escapé de la justicia,  
que tiene bromas muy serias...  
me acogió el patron de un barco  
y me trajo á la Noruega.

LEDIA. ¡Qué tormento, qué castigo!

TIBURON. Conque... finalmente, prenda:  
cuento treinta y dos abriles,  
tengo regular presencia,  
de un *julepe* mato un buey,  
y de un *trancazo* á cualquiera,  
y nuestro amigo Rodolfo,  
que tiene lanchas soberbias,  
me ha prometido que el dia  
que me case, la más nueva  
será para mí... ¿Estás tú?  
conque dí: ¿qué hacemos, Ledia?

(Con intencion burlesca.)

LEDIA. (Este se ha sorbido el seso.  
¡Diantre! ¡Si hablará de veras?..)

TIBURON. ¿Qué hacemos? (Con insistencia.)

LEDIA. (Indicándole al fondo.) ¡Chit, mi señora!

TIBURON. (Saca una carta y se la entrega á Ledia.)  
Á propósito para ella.

LEDIA. ¿De Rodolfo?

TIBURON. ¿Pues de quién?

LEDIA. ¡Se habrá visto mayor flema!  
Déjame sola.

TIBURON. (Con mayor insistencia.)

¿Y qué hacemos?

LEDIA. Anda pronto... lo que quieras.

TIBURON. (Como negocio... tal cual.  
¡Pero, señor, si es tan vieja!)  
(Váse por la derecha.)

## ESCENA IV.

LEDIA y MARGARITA que viene por la izquierda.

MARG. ¡Oh! ¡Qué te ha dicho? (Con ansiedad.)

LEDIA. (Entregándosela.) Una carta.

MARG. ¿Una carta? ¿Qué funesta  
desventura me predice  
en sus rigores mi estrella?

LEDIA. Volvámolos al castillo,  
(Con miedo mirando al fondo.)  
no haga Luzbel...

MARG. ¡Oh, me tiemblan  
la mano y el corazón!

LEDIA. ¡Y á mí de terror las piernas!

(Margarita desdobra la carta y la lee con creciente  
ansiedad y paulatina entonacion; Ledia, durante la  
lectura permanece indiferente yendo á sentarse  
despues sobre una de las rocas de la izquierda, en  
cuyo sitio se queda profundamente dormida.)

MARG. (Leyendo.) «Margarita idolatrada:  
un poderoso deber

y una obligacion sagrada  
me condenan á no ver  
el fuego de tu mirada.

El ermitaño Ramon,  
que entre las peñas habita,  
á solas en su mansion,  
para una revelacion  
mi presencia solicita.

Dice que el asunto es grave  
y que me importa el asunto,  
pues por causa que Dios sabe,  
tiene en su mano la llave  
del secreto de un difunto!

¡Cuando en mi triste orfandad,  
(Transicion.)

llena de fieros enojos,  
y de negra soledad,  
vuelvo los dolientes ojos  
á otro tiempo y á otra edad,

me parece que el vacío  
que se agita en torno mio  
se ilumina de repente,  
por un sol resplandeciente  
de pompa y de poderío!

¡Creo también vislumbrar,  
como una antorcha á lo lejos,  
una mujer singular,  
con esos dulces reflejos  
que presta la luna al mar!

Y más cerca, y á mi lado,  
un caballero breton  
con cien timbres laureado,  
y luégo... ¡luégo un malvado  
que me arranca el corazón!

Si es vanidad pasajera  
que engendra la pena mia,  
si vision tan hechicera  
no es más que sueño y quimera  
de mi ardiente fantasía.

Corro en alas de mi afán  
hacia ese islote desierto,  
donde llamándome están,  
la esperanza con su imán  
¡y quizá el alma del muerto!

Perdóname, Margarita,  
si á través del ancho golfo  
mi ambición me precipita,  
contra esa peña en que habita  
la suerte de tu—Rodolfo.»

(Queda un momento pensativa: Ledia se sienta sobre la roca y se duerme.)

### CANTADO.

MARG.

Pasión del alma mia,  
expléndida pasión,  
que llenas de alegría  
mi pobre corazón;  
no turbes de mi anhelo  
la dicha sin igual,

ni empañes de mi cielo  
el límpido cristal.

—  
¿Tú me aseguras

(Al corazón como preguntando.)

placeres mil?

¿Y tú me auguras

suerte feliz?

Responde...

¡Sí!

—  
Es la flor de los amores  
el encanto de la vida,  
y no hay alma endurecida  
á su mágico poder;  
en sus tintas y colores  
la embriaguez su cuerpo toma,  
y en la esencia de su aroma  
su delirio nuestro ser.

Amor mio,  
dulce amor,  
en tí cifro  
mi ambicion:  
ven, Rodolfo,  
ven, por Dios,  
no desdeñes  
mi pasión.

—  
Es la ausencia de un momento  
¡oh, Rodolfo, idolatrado!  
un suplicio envenenado  
por un loco frenesí;  
no desoigas el acento  
y la voz de mi ternura,  
¡no me niegues la ventura  
que me puso el cielo en tí!

Amor mio,  
dulce amor,  
en tí cifro  
mi ambicion:  
ven, Rodolfo,

ven, por Dios,  
no desdeñes  
mi pasión.

## ESCENA V.

DICHAS, WILLIAM, y luégo RUTILIO.

Margarita queda como sumida en amorosas reflexiones. Ledia permanece durmiendo. William entra por el fondo izquierda, y al ver á Margarita se para de improviso. Margarita fija de nuevo su mirada en la carta, leyendo el primer renglon y besándola luégo, completamente distraida y sin echar de ver á William: éste avanza rápidamente, deseoso de arrebatarse la carta de manos de Margarita: ésta no le da tiempo, arrúgala entre la mano y la arroja disimuladamente por la espalda. Ledia despierta, y al ver á William se levanta sobresaltada. Durante este juego escénico se oye la voz de Rutilio, fuera y al fondo izquierda, llamando á William con precipitacion y vehemencia. William, al oír la voz, manifiesta disgusto y sobresalto. Todo esto muy rápido.

### HABLADO.

RUTILIO. ¡William!... ¡Belfort!... (Llamando fuera.)

MARG. (Confundida.) (¡Oh, Dios mio!)

WILLIAM. (¡Maldita casualidad!) (Como contrariado.)  
¡Dame ese papel! (Con rapidez á Margarita.)

MARG. ¡Ah! (Desconcertada.)

WILLIAM. Presto:

no me desesperes más!

(Con energía y decision.)

(Entra Rutilio precipitadamente por el foro izquierda; William, al ver á Rutilio, disimula su ansiedad y desiste en su empeño de tomar la carta.)

RUTILIO. ¡Gracias á todos los duendes  
que te encuentro... Perdonad,  
(Á Margarita reparando en ella.)  
bella y gentil Margarita,

visita tan singularr.

WILLIAM. (Disimulemos.)

MARG. (¡Dios justo,  
estalló la tempestad!)

WILLIAM. (¡Qué pasa?) (Á Rutilio.)

RUTILIO. (Á William.) (Pues mucho y malo.)

LEDIA. (¡Santo Cristo de la Paz, (Persignándose.)  
un cirio de media libra  
si escapo sin azotar!)

WILLIAM. (Luégo hablaremos, espera.) (Á Rutilio.)

RUTILIO. (¡En dónde?) (Á William.)

WILLIAM. (¡Aquí!) (Á Rutilio.)

RUTILIO. (Á William.) (Bien está.)

WILLIAM. (Alto) ¡Loados sean los cielos!  
Rutilio, que así nos dan  
nueva ocasion de servirte  
en aquesta soledad.  
Esta visita nos honra,  
y como siempre, será  
por todos correspondida  
con agrado: ¿no es verdad? (Á Margarita.)

MARG. ¡Verdad! (Maquinalmente.)

RUTILIO. ¡Cómo! ¿Tambien vos?...

(Con tono irónico.)

WILLIAM. ¿Qué cosa más natural?  
¿No es mi hija? Pues entónces  
á nadie debe extrañar  
que tenga mis propios gustos.

LEDIA. (Al revés y acertarás.)

RUTILIO. ¡Tal merced y honor tan grande  
colman de felicidad!...

(Con el mismo tono irónico.)

WILLIAM. Te dejo un momento á solas; (Á Rutilio.)  
necesito acompañar  
á Margarita: hasta luégo.

(Toma el brazo de Margarita, y ambos, seguidos  
de Ledia, suben al castillo.)

RUTILIO. (Inclinándose al pasar y saludando á Margarita.)  
¡Señora!

WILLIAM. (Al salir de la escena.) (¿Qué pasará?)

## ESCENA VI.

RUTILIO, siguiendo con la mirada á MARGARITA.

¿Conque tu pecho de roca  
y tu corazón glacial  
se han rendido á los embates  
de un amor tosco y vulgar?

¿Conque un pobre marinero  
lleno de rusticidad

puede vencer ¡vive Cristo!  
al baron de san Marcial?

¡Oh, Margarita, despacio,  
muy despacio... pues quizá  
el tálamo con que sueñas

se convierta en funeral! (Transicion.)

Parece ¡voto al infierno!

que me arrastra sin cesar,  
entre sus férreos brazos

una maldicion tenaz.

Soy rico, soy poderoso,  
logro cuanto quiero y más.

¡Los prohombres de Noruega  
envidian mi calidad;

las más ilustres mujeres,

todo lo más principal

de la córte, se honraria

con mi alianza... y pensar

que un mísero pescador,

que un oscuro menestral

me arrebatase ese tesoro

de juventud y beldad...

es cosa que nunca pude

ni prever, ni imaginar!

Mas, ¿qué temo? ¿No está el conde

preso en mis manos? ¡Lo está!

¿No milita de mi parte

la influencia paternal?

¡Ah, Margarita, veremos,

veremos quién puede más!

(Baja William del castillo.)

ataques

assonance

(romance)

¡Echadme, echadme  
capitán!

!!!

:

¡Aquí está William! Oigamos  
la respuesta que nos da. (Pausa breve.)

## ESCENA VII.

WILLIAM y RUTILIO.

WILLIAM. Habla, Rutilio. (Con aire sombrío.)

RUTILIO. Hablaré.

Mas ántes de comenzar,  
te suplico que me escuches  
con paciencia.

WILLIAM. (Con extrañeza.) (¿Qué será?)

RUTILIO. Se trata de Margarita.

WILLIAM. ¿De Margarita?...

RUTILIO. Sí tal.

WILLIAM. ¡No te comprendo, Rutilio!

RUTILIO. Pues oye, y comprenderás.

Hará como cuatro meses,  
que estando en la capital,  
me prometiste la mano  
de Margarita...

WILLIAM. Es verdad.

RUTILIO. Fijado sin discusion  
el pacto matrimonial,  
convinimos en la boda,  
dia ménos, dia más,  
para mediados de Octubre.  
¿No es esto cierto?...

WILLIAM. Cabal.

RUTILIO. Pues bien: ¡vengo á que me cumplas  
tu palabra!

WILLIAM. ¿Tanto afan  
tienes por casarte?

RUTILIO. ¿Tanto;  
que esperó de tu amistad  
que no retardes, si estimas  
mi bienandanza y tu paz,  
ni un sólo punto mi enlace.

WILLIAM. ¿Por qué razon cercenar  
el plazo que convinimos?

Rutilio, temes quizás  
que se quiebre mi palabra  
como se quiebra el cristal?

RUTILIO. Eso nunca.

WILLIAM. Pues entónces,  
¿de qué nace tu ansiedad?  
¡Yo te ofrecí á Margarita,  
y yo no me vuelvo atrás!

RUTILIO. Lo sé: pero no se trata  
de tí, sino de ella.

WILLIAM. ¡Bah!

por ese lado tampoco  
tendremos dificultad;  
es dócil como la cera  
y cándida por demás.

RUTILIO. ¡No tanto como imaginas! (Con intencion.)

WILLIAM. ¡Rutilio! (Con tono de reconvencion.)

RUTILIO. Déjame hablar:

¡Tú, como padre, eres ciego!

WILLIAM. ¡Y tú, amante, mucho más!

RUTILIO. Vamos á cuentas: ¿qué asombro,  
pobre William, no será  
el tuyo cuando te diga  
que el baron de san Marcial,  
este sublime dechado  
de pompa y de vanidad,  
tiene, sin andar muy léjos,  
un poderoso rival?

WILLIAM. Pues me asombraré, Rutilio,  
de tanta credulidad.

RUTILIO. ¿Y si te digo tambien  
que ese incógnito galan,  
que consigue por lo visto  
la fortuna de agradar  
á la bella Margarita.

WILLIAM. ¡Loco rematado estás!  
(Interrumpiendo con sonrisa burlona.)

RUTILIO. Es un pobre pescador  
de esta playa y de este mar?

WILLIAM. ¿Un pescador? ¡Buenas tardes!  
(En actitud de retirarse de escena.)

RUTILIO. ¿Lo tomas á broma?

WILLIAM. ¡Quiá! (Con burla.)  
Hasta mañana, Rutilio,  
te conviene descansar.

(Da algunos pasos hácia el foro.)

RUTILIO. Hombre, ¡por todos los santos,  
que hablo con formalidad!

(William, al andar, se fija maquinalmente en la carta que en la escena IV arroja Margarita: la toma del suelo, la desdobra y la lee: á las primeras palabras se para lleno de asombro: Rutilio se pasea azoradamente de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, sin parar mientes en la situacion de William.)

WILLIAM. (Leyendo.) «¡Margarita idolatrada!»  
¿Qué papel es este? ¡Ah! (Como petrificado.)  
¡Rutilio! (Bajando hácia él precipitadamente.)

RUTILIO. ¡Anda con Dios!

(Sin hacerle caso y sin dejar de pasear.)

WILLIAM. ¡Rutilio! (Con creciente ansiedad.)

RUTILIO. (Prosigue sin hacerle caso.)

¡Déjame en paz!

WILLIAM. ¡Escucha! ¿Cómo se llama  
ese maldito rival?

(Poniéndose delante de Rutilio con la carta en la mano.)

RUTILIO. ¡Rodolfo!

WILLIAM. ¿Conque era cierto?

(Leyendo y comprobándolo en el papel.)

RUTILIO. Si es una broma...

WILLIAM.

¿Qué más,

qué más prueba necesito? (Furioso.)

¡Basta: la voy á matar!

(Intenta subir al castillo, pero Rutilio lo detiene por un brazo.)

RUTILIO. ¡Chit! ¡Espacio y mucho tiento!

La noche y la soledad

son dos buenas consejeras:

¡paciencia y reflexionar!

(Suenan golpes de remo hácia la playa.)

Gente se acerca á la playa,

¡vamos á urdir nuestro plan!

(Toma del brazo á William y se lo lleva por el

fondo izquierda.)  
WILLIAM. ¿Para qué? ¡si lo mejor  
es un castigo ejemplar! (Al tiempo de partir.)  
(Pausa breve: entran por la derecha, primero Ro-  
dolfo; luégo el Ermitaño y despues Tiburon.)

## ESCENA VIII.

RODOLFO, ERMITAÑO y TIBURON.

RODOLFO. No desatruques y espera (Á Tiburon.)  
vigilando en el lanchon.  
(¿Y la carta, Tiburon?)

TIBURON. (Haciendo ya su carrera )  
(Tiburon desaparece en la playa.)

RODOLFO. Á vos os toca mandar, (Al Ermitaño.)  
y alma y corazon os fio:  
¡dispuesto estoy, padre mio,  
á obedecer y á callar!

ERMIT. ¡Rodolfo, no desesperes  
de Dios ni un solo momento!  
Un vivo presentimiento  
(Con entusiasmo creciente avanzando hasta la mi-  
tad del proscenio.)

me está diciendo... ¡quién eres!  
¡Cuanto más y más te miro  
más se aferra mi esperanza!  
¡Hay en tí tal semejanza,  
tal copia de don Ramiro,  
que á falta de otra señal,  
fuera para mí bastante  
el sello que en tu semblante  
imprimió el original!

RODOLFO. ¡Que Dios os pague en su gloria  
tan cristiano proceder!  
Mas ¡oh! yo quiero leer  
la página de esa historia,  
que encierra en su abismo fiero  
el origen de mi cuna!...

ERMIT. No es ocasion oportuna.  
Espera, Rodolfo.

RODOLFO. (Resignandose.) Espero.

*Fedindilla*

¡Tiende tus alas, amor;

(Con entusiasmo.)

corre, ambicion poderosa;

ella es rica, noble, hermosa,

y tú un pobre pescador! ..

¡Por ella, sólo por ella  
se desborda el alma mia!

¡Oh! ¡Qué bien, qué bien hacía  
en confiar en mi estrella!

ERMIT. Un crimen se consumó

(Asiendo de la mano á Rodolfo y con gran entona-  
cion y lúgubre misterio.)

una noche en alta mar;

nadie lo supo explicar

y en el misterio quedó,

¡Mas el hado riguroso

todo lo vence!.. y ¡quién sabe

si alguno tiene la llave

de crimen tan espantoso!

RODOLFO. ¿De noche y á bordo?... (Como recordando )

ERMIT.

¡Sí!

RODOLFO. ¿Un camarote pequeño?...

ERMIT.

¡Cabal!

(Con ansiedad, alentando á Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Me parece un sueño;

pero algo, algo hay aquí!

(Llevándose la mano á la frente.)

ERMIT. Adelante ¡por la cruz!

prosigue... (Con vivísimo deseo.)

RODOLFO. (Como desmayando ) ¡Vana esperanza!

ERMIT. ¿No adviertes en lontananza

el resplandor de una luz?

RODOLFO. ¡Oh, sí, sí! Mi pensamiento

se va por fin condensando.

¡Yo me he visto resbalando,

(Como recordando lo que habla.)

en el profundo elemento!

¡Yo he sido arrastrado inerte,

liviano como una pluma,

por entre montes de espuma.

en los brazos de la muerte!

¡Yo .. no sé más! (Parándose de nuevo.)

ERMIT. ¿Y despues?...

RODOLFO. ¡Un bergantin!

ERMIT. ¿Y su nombre?...

RODOLFO. ¡Relámpago!

ERMIT. ¿Y luégo?...

RODOLFO. ¡Un hombre  
ensangrentado á mis pies!

¡Qué simpática atraccion!...

¡Cómo... cómo se llamaba?...

ERMIT. ¡Un esfuerzo... sigue... acaba!

RODOLFO. ¡Ah, ya recuerdo! Ramon.

(Al pronunciar este nombre examina el rostro del Ermitaño, como herido súbitamente por una sospecha.)

¡Ramon! ¡Padre, vuestra faz!...

¡Oh Jesús! asoma el llanto

á vuestros ojos...

ERMIT. ¡Dios santo!

(Confundido y disimulando mal su emocion.)

RODOLFO. ¿Es una vision fugaz,  
un trémulo resplandor  
que alucina mi sentido?

¡Oh, no, no; vos habeis sido!

(Abriendo los brazos.)

ERMIT. ¡Rodolfo! (Precipitándose en ellos.)

RODOLFO. ¡Mi salvador!

(Quedan estrechados en un fuerte abrazo. Pausa breve.)

ERMIT. ¡Omnipotente bondad,  
benditos sean los cielos,

(Con júbilo, contemplando á Rodolfo.)

que así premian los desvelos  
de mi pobre ancianidad!

RODOLFO. Mas de mi padre, ¿qué fué?...

ERMIT. ¡Tu infeliz padre murió!

RODOLFO. ¡Decidme quién le mató  
y al punto le vengaré!

ERMIT. ¡Espera, Rodolfo, espera, (Aplacando su ira.)

que no tardará en brillar  
de una manera ejemplar

de Dios la venganza fiera!

Mas ya declina la tarde

(Señalando al horizonte.)  
y el sol toca á su poniente;  
sé reservado y prudente,  
y hasta luégo! (Váse por el fondo izquierda.)

RODOLFO. ¡Dios os guarde!

(Inclinándose con respeto.)

## ESCENA IX.

RODOLFO y luégo MARGARITA.

RODOLFO. ¡Por tí, consuelo profundo  
(Dirigiendo una mirada al castillo.)  
de mi pobre corazon;  
por tí la noble ambicion  
de ser algo en este mundo!

### CANTADO.

¡Negra noche es mi pasado,  
mi destino la orfandad,  
y mi vida y mi cuidado  
la jigante inmensidad!  
¡Rompe, misterio impío,  
tu fiera lobreguez,  
y dile al pecho mio,  
dile, por Dios, quién es!

(Baja Margarita del castillo y se queda al fondo para oír á Rodolfo.)

### DUO.

MARG. ¿Rodolfo? (Entrando.)

RODOLFO. ¿Margarita?

(Con sorpresa placentera y saliendo á su encuentro.)

MARG. ¿Qué sueña tu ambicion?

(Con amarga reconvencion.)

¿Qué premio necesita  
tu ingrato corazon?

RODOLFO. ¡Ingrato, qué motivo!

MARG. ¡Que no piensas en mí!

RODOLFO. ¿Qué dices?... ¡Cuando vivo  
de amor loco por tí!

MARG. ¡Amor profundo,  
si no es traidor,  
ve que su mundo  
todo es amor;  
y en él no cabe  
más ambicion,  
que ser la llave  
del corazon!

RODOLFO. ¡Margarita, vida mia,  
no me mates, por piedad!

MARG. ¡Yo, que amada me creía!  
¡Oh qué torpe ceguedad!

RODOLFO. ¡Arden los celos  
dentro de tí  
porque en los cielos,  
con frenesí,  
busqué de un padre  
el resplandor  
ó de una madre  
el santo amor?...

MARG. ¡Enferma tengo el alma  
(Confusa y doliente.)  
de tanto padecer!

RODOLFO. Escucha en dulce calma  
(Rodolfo con gran solemnidad.)  
la historia de mi sér.

En la vida,  
noche extraña  
me acompaña  
sin cesar,  
y en el fondo  
de un nublado  
mi pasado

envuelto va.

—  
Todo es misterio, todo es enigma,  
rudo tormento del frenesí;  
mas ; *Tú eres hijo de noble estirpe!*  
grita la sangre dentro de mí!

—  
Y á su grito  
generoso,  
misterioso  
el corazon,  
da consuelo  
dulce y puro  
á este oscuro  
pescador.

—  
¡Ayes de muerte, montes de espuma,  
rugientes olas del fiero mar,  
luégo una playa de la Noruega,  
y un risco luégo para llorar!  
¡Esta es mi vida,  
esta es la suerte del pescador,  
dime si temes, prenda querida,  
que tu Rodolfo sea traidor!

—  
El misterio  
más profundo  
en el mundo  
me lanzó,  
y se agita  
en torno mio  
el vacío  
aterrador.

MARG. (Con entusiasmo amoroso.)

¡Rodolfo mio,  
ven á mis brazos,  
ven y perdona  
tanta pasion!

RODOLFO. ¡Oh, Margarita,  
luz de mis ojos,

bálsamo dulce  
de mi dolor!

Á DUO.

En la senda  
de la vida  
no hay más bello  
resplandor  
que los rayos  
fulgurantes  
de la estrella  
del amor.

HABLADO.

RODOLFO. ¡Oh, mi gentil Margarita!  
¿Cómo pudiste soñar  
que una esperanza bendita,  
llegase un punto á mermar  
el fuego que en mí palpita?  
¡Antes faltará en el mundo  
el astro germinador;  
antes el seno fecundo  
de ese mar ancho y profundo,  
que yo faltar á mi amor!

MARG. Te creo, Rodolfo mio.  
¡Soy tan feliz, tan dichosa,  
que alma y corazón te fio!  
Perdóname si angustiada  
pude soñar un desvío.

RODOLFO. ¡Oh, Margarita! (Acariciando su mano.)

MARG. Dejemos (Transición.)  
los arrebatos, y hablemos  
en santa calma los dos.

RODOLFO. ¿Hay novedad?... (Alarmado.)

MARG. Sí.

RODOLFO. (Con dolor.) ¡Gran Dios!

MARG. (Con resolución.)  
¿Qué importa? La venceremos.

¡El baron de san Marcial  
ha venido!

RODOLFO. (En son de amenaza.) ¡Pues te juro  
que si empieza, acaba mal!

MARG. ¡Hay un medio más seguro  
y de más alcance!

RODOLFO. ¿Cuál?

MARG. ¡Mi constante negativa,  
mi decision!

RODOLFO. ¡Buen remedio!...

¿Y qué es la fiereza esquivada  
de la mujer más altiva  
cuando hay un padre por medio?

MARG. ¡Mi padre me romperá,  
(Con resolucion y tono vigoroso.)  
pero no me doblará!

RODOLFO. ¡Quiéralo Dios! (Con duda.)

MARG. (Con altivez.) ¡Soy constante!

RODOLFO. ¡No lo dudo ni un instante,  
pero el tiempo lo dirá! (Con nueva duda.)

MARG. ¡Rodolfo!  
(Con sequedad y reconvencion. Pausa breve.)

RODOLFO. (Con desesperacion.) ¡Maldita estrella,  
que así tuerce mi camino  
y así mi vida atropella!

MARG. ¿Y qué hacer?... nuestro destino  
(Con tono de resignacion.)  
viene trazado por ella.

Mas la firme voluntad  
(Con entusiasmo y confianza)  
todo lo vence en el mundo:

yo te amo con lealtad,  
tú con cariño profundo;  
nada temas en verdad!

Pues ántes que un casamiento  
que no sea por amor,  
sierva de mi juramento,  
en la celda de un convento  
sepultaré mi dolor! (Pausa breve.)

RODOLFO. Si por caprichoso azar  
(Con dolor y vehemencia crecientes.)  
de la mudable fortuna,

se llegase á disipar  
esa nube singular  
en que va envuelta mi cuna;  
si este pescador villano  
fuese un dia caballero,  
¡con qué aliento sobrehumano  
no disputára tu mano,  
Margarita, al mundo entero!  
Mas si torba y despiadada  
me dice la suerte esquiva:  
«¡No esperes, no esperes nada!»  
y tú, triste y desolada,  
dejas que te entierren viva;  
Rodolfo en cambio te jura,  
por lo mucho que te amó,  
morir en la linfa pura  
de ese ancho mar, ¡sepultura  
(Señalando á la playa.)  
del padre que me engendró!

MARG.

(Acariciándole con ternura )  
¡Oh, tu razon desvaría!  
¡Calma. mi Rodolfo, calma!  
¿Qué importa tu villanía?  
¡La verdadera hidalguía  
(En un arrebato heróico.)  
la escribe Dios en el alma!  
Y esa ejecutoria va  
donde la virtud está;  
no hay ley que otorgarla pueda;  
ni se compra ni se hereda, (Rápido.)  
ni se quita ni se da!  
RODOLFO. ¡Hermosa doctrina!

MARG.

¡Oh, sí!

¡Mitiga tu pecho triste,  
pon tu confianza en mí!

RODOLFO. ¿Por qué tan alta naciste?... (Desesperado.)  
¿Por qué tan bajo nací?...

MARG. ¡Cuanto más alta, mayor  
la gloria del vencedor!

RODOLFO. (Desmayando.)

¡Pero es tan jigante el vuelo!...

MARG. ¡Pues alas tiene el amor (Con entusiasmo.)

- para encumbrarse hasta el cielo!
- RODOLFO. ¡Margarita! (Confuso.)
- MARG. Desistir  
equivale á no luchar.  
¡Arriba sin desmayar!  
(Dándole aliento y confianza.)
- RODOLFO. ¿Y si no puede subir?... (Dudando.)
- MARG. (Sonriendo con amor.)  
¡Yo en cambio puedo bajar!
- RODOLFO. (Besándole una mano.)  
¡Alma de mi alma querida!  
(Suena á lo léjos el toque de la oracion.)
- MARG. ¡El toque de la oracion!
- RODOLFO. ¿Y mañana?
- MARG. En la Florida.  
(Separándose de Rodolfo y en actitud de subir al castillo.) ¡Adios!
- RODOLFO. (Abriendo los brazos.) ¿Sin más despedida?
- MARG. (Precipitándose en los brazos de Rodolfo.)  
¡Con todo mi corazon!  
(William y Rutilio aparecen al fondo izquierda sorprendiendo á los amantes.)
- RUTILIO. (Á William, y señalando á los amantes que permanecen abrazados.) ¡Mira!...
- WILLIAM. ¿Qué veo?...
- RUTILIO. (Queriendo precipitarse sobre los amantes.)  
¡Detente!
- WILLIAM. (Tratando de impedir su entrada.)  
¡Oh, déjame, vive Dios!
- MARG. (Desasiéndose de Rutilio y entrando furioso.)  
¡Mi padre! (Sorprendida y espantada.)
- RODOLFO. (Como aterrado.) (¡Cielo clemente!)
- WILLIAM. ¡Venganza, venganza ardiente  
(En el colmo de la ira, y en ademán de sacar la espada.)  
con la sangre de los dos!  
(Rodolfo queda á la derecha del escenario.—Rutilio á la izquierda.—Margarita se arroja á los pies de William.)
-

## ESCENA X.

DICHOS, WILLIAM y RUTILIO.

### CANTADO.

WILLIAM. ¡Tal infamia, tal deshonra  
y traicion tan criminal?...

(Á Margarita con acento duro)

MARG. ¡Padre mio! (Suplicante.)

WILLIAM. ¿Yo tu padre?

¡Imposible; no, jamás!

MARG. Aquí tienes franco un pecho  
y aquí un pobre corazon;  
vengarás un ciego impulso, (Con altivez.)  
pero nunca un deshonor!

RUTILIO. (¡Da treguas á tu furia!) (Á William.)

WILLIAM. (¡Aparta!)  
(Á Rutilio, sin oírle y ciego de furor.)

RUTILIO. (No; ¡pardiez!  
(Insistiendo, á William.)

¿Olvidas el proyecto  
que há poco te conté?)

RODOLFO. ¡Señor conde!...  
(Á William con humildad y tono suplicante.)

WILLIAM. (Con desprecio.) ¿Quién me nombra?

RODOLFO. ¡Por el cielo! (Suplicando con angustia.)

WILLIAM. ¡Basta ya!  
(Con desden, interrumpiéndole)

RODOLFO. ¡Perdonad á Margarita  
y mi sangre derramad!

MARG. (¡Oh, Rodolfo idolatrado,  
huye, sálvate por Dios!)  
(Con ansiedad y rapidez á Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Una espada... aquí .. la vuestra!  
(Á William, señalando al corazon.)

¡Mas la de ese infame, no!  
(Por Rutilio, con furor y enojo.)

RUTILIO. ¿Insulto semejante?... (Asombrado.)  
¿audacia sin igual?...

¡Villano!

(Yendo hácia Rodolfo con la espada desnuda.)  
RODOLFO. (Esperándole con bravura.) ¡Con las uñas  
lo voy á desgarrar!  
(En el momento de reñir, entra precipitadamente  
por el fondo el Ermitaño y se interpone entre Ro-  
dolfo y Rutilio.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y el ERMITAÑO.

ERMIT. ¿Á un hombre desarmado  
quereis asesinar?...  
(Á Rutilio que retrocede unos pasos.)  
(¡Dios justo!... ¡Dios potente!...  
(Contemplando á Rutilio con asombro y como re-  
cordando su fisonomía.)  
¿Qué miro?... ¿Qué pensar?...

RODOLFO. (Con exaltacion y pena.)  
Hay volcanes  
y montañas  
que se queman las entrañas  
con un fuego abrasador.  
¡Mas ninguno  
tan ardiente,  
tan horrible, tan rugiente  
como el fuego de mi amor!

MARG. (Al cielo con angustia.)  
¡Virgen santa,  
Madre pura  
de esperanza y de ventura  
que contemplas mi dolor;  
no me niegues,  
milagrosa;  
de tu mano generosa  
la esperanza de mi amor!

WILLIAM. ¡Negra suerte,  
vil destino  
que así enludas mi camino

con infamia y deshonor;  
no me dejes  
una vida  
empañada y deslucida  
por la mano del amor!

ERMIT.

(Ap. y contemplando á Rutilio.)

(¡Me parece,  
si lo miro,  
ver del pobre don Ramiro  
al infame matador;  
pues ni cabe,  
ni se alcanza.

mas completa semejanza  
con la faz de aquel traidor!)

RUTILIO.

(Mirando de soslayo al Ermitaño.)

(¡Me parece,  
no me engaño,  
conocer á este Ermitaño,  
que me mira con furor,  
pues con sola  
su presencia  
se estremece mi conciencia  
y me llena de terror!)

ERMIT.

(Á William.) Decidme, señor Conde,  
decid, por caridad,  
¿qué ofensa en este sitio  
se quiere castigar?...

WILLIAM.

(Lleno de rabia.)  
¡Pretendo dar la muerte  
sin tregua ni piedad,  
al vil que me deshonra,  
cobarde y criminal!

(Señalando á Rodolfo.)

ERMIT.

(Como sorprendido y con desden.)  
¡Un crimen!... ¿Desde cuándo  
es crimen. . el amar? (Transicion.)  
(¿Sabeis lo que es un crimen,  
(Á William con acento terrible.)  
y un crimen infernal?  
¡Urdir un regicidio!...

requiere a Rodolfo  
identificar

WILLIAM. (Retrocediendo espantado.)

¡Por Dios, por Dios, callad!

ERMIT.

(¡Ó bien traidoramente,  
bogando en alta mar,

(Á Rutilio con intencion y mucho brío )

hacer que muera un niño  
entre las ondas!...)

RUTILIO. (Como petrificado.) (¡Ah!)

RODOLFO.

No es posible,

cielo santo,

que descargue

tu rigor

mas tremenda

pesadumbre

en mi pobre

corazon.

MARG.

Condenada

para siempre

la ventura

de mi amor,

no prolongues (Al cielo.)

la existencia

de este pobre

corazon.

WILLIAM.

(¡Un secreto

misterioso

de mi vida

sorprendió,

y mi pecho

se ha llenado

de espantosa

confusion!)

RUTILIO.

(Es el eco

de aquel crimen

que en las ondas

resbaló,

y el fatídico

presagio

de mi eterna

perdicion.)

ERMIT.

(¡Soy el rayo  
justiciero  
de la cólera ;  
de Dios,  
y el escudo  
milagroso  
de un amante  
corazon!)

(Rutilio queda á la izquierda como aterrado, Rodolfo huye por la derecha y en direccion á la playa. Margarita cae de rodillas á los piés de William. El Ermitaño sigue á Rodolfo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

Salon del Renacimiento en el castillo de Belfort; mobiliario de la época; mesa con recado de escribir; dos sillones á entrambos lados de la mesa; á la izquierda, primer término, puerta con un tapiz suspendido que la cerrará cuando lo determine la fábula: otra mayor al fondo: á la derecha, segundo término, un ancho balcon con barandilla de piedra.—Suntuosidad, lujo y magnificencia.—Los criados y demas servidumbre del castillo, formando corro alrededor de Tiburon; éste con los brazos cruzados y en actitud imperturbable.

### ESCENA PRIMERA.

TIBURON y CORO.

CANTADO. ¶

CORO.

Habla presto, nada temas,  
suene el eco de tu voz,  
y escuchemos y sepamos  
lo que pasa, Tiburon.  
Que hubo gresca y alboroto,  
y un encuentro original,  
y sorpresas y desmayos  
no se puede ni dudar.  
— ¡Habla, pues!...

— ¡Habla ya!...

— Dinos tú...

— La verdad.

TIBURON. ¡La verdad es muy terrible!  
No sé cómo decir... (Aparentando confusion.)  
(¿Andaluz y á mí con estas?...  
Se van á divertir.)  
El sol se despedía  
muy rubio y muy cortés,  
tan guapo, y como siempre,  
besando al mar los piés.  
La noche misteriosa  
envuelta en su capuz,  
andaba á picos pardos  
á espaldas de la luz.

CORO.            ¿Y qué más...  
TIBURON.            ¡Silencio!  
Chiton... ¡Oid!  
(Allá va una bola  
de mi país.)

TIBURON. Estaba Margarita  
sentada junto al mar,  
cuando una tintorera *shark*  
la quiso devorar.  
¡Medía el tal pescado;  
segun yo ví despues,  
aproximadamente  
dos mil quinientos piés!

CORO.            ¡Mentira, Tiburon,  
mentira!

TIBURON.            ¡Por la cruz!  
(¡Esta tropa no sabe  
lo que es un andaluz!)

CORO.            En esta casa  
(Con algun barullo y confusion.)  
todos estamos,  
todos tenemos

los mismos amos  
y te brindamos  
nuestra amistad.  
Todos vivimos  
en esta casa,  
si algo te ocurre,  
si algo te pasa,

(Haciendo una seña burlesca con la mano derecha  
y apoyando el pulgar sobre la nariz.)

TIBURON.

no pongas tasa,  
puedes mandar.  
Gracias, amigos,  
por honra tal,  
y se agradece  
la voluntad.

(Tiburón acompaña al Coro hasta la salida del  
fondo.)

## ESCENA II.

TIBURON.

HABLADO.

¡Qué familia, qué monton  
de avispas desenfrenadas!

¡Qué lenguas tan afiladas  
para la murmuracion!

¡Qué servidores, Dios justo!

¡Me parecen sabandijas  
que brotan de las rendijas

de este castillo vetusto!

Si logran averiguar  
la verdad de lo ocurrido,

estaba el conde lucido...

Gran señor... ¿se puede entrar?

LEDIA.

(Por la izquierda, interrumpiendo á Tiburón y equi-  
vocándole al pronto con el conde.)

*Hedon del...*

*unb...*

*vermin  
cracks  
ancient*

## ESCENA III.

TIBURON y LEDIA.

TIBURON. (Mi futura.) Vuesarcé  
(Con cierto énfasis ahuecando la voz.)  
entre y salga á su sabor.

LEDIA. ¿Qué escucho?... ¿Tú aquí?...  
(Con júbilo y saliendo de su error.)

TIBURON. (¡Valor!)

LEDIA. ¡Soberbio chasco llevé!

### CANTADO.

TIBURON. ¿Eres tú, Ledia mia? (Fingiendo ternura.)

LEDIA. La misma, Tiburon.

TIBURON. (¡Si no tiene dinero,  
me luzco como hay Dios!)

LEDIA. (¡Si busca mi dineró,  
se luce como hay Dios!)

TIBURON. ¡Ledia, Ledia!

LEDIA. ¡Tiburon!

TIBURON. Cerca, cerca...

(Abrazándola con placer exagerado y burlesco.)

LEDIA. ¡Picaron!

### Á DUO.

Con dulces palabras,  
con mágica voz,  
unidos por siempre  
nos tenga el amor.

TIBURON. Escucha, Ledia mia,  
cómo te quiero yo.

—  
¿No ves, cuando amanece,  
los tiernos pajarillos  
batir sus limpias alas,  
trinar con sus piquillos,

y luégo remontarse  
buscando el nuevo sol?...

¡Ay, ay!

¡Qué gusto, qué primor!

¡Ay, ay!

Así te quiero yo.

¡Paloma!

¡Pichon!

LEDIA.

TIBURON. (Ap.) (Si no tiene dinero  
le pego un coscorron.)

LEDIA.

Pues á tu vez escucha  
cómo te quiero yo.

¿No ves la mariposa  
cómo revolotea  
buscando con las alas  
la luz que la recrea,  
y al fin halla su muerte  
donde su gusto halló?...

¡Ay, ay!

¡Qué gusto, qué primor!

¡Ay, ay!

Así te quiero yo..

¡Paloma!

¡Pichon!

(Si busca mi dinero  
valiente desazon.)

TIBURON.

LEDIA.

À DUO.

(Esperemos, ya veremos,  
y sabremos ¡vive Dios!  
quién pelea, quién resiste  
y quién vence de los dos.

Pues si juzgas, } pobrecita  
                          } pobrecito  
que me puedes atrapar,

ó } me sueltas { los ochavos  
   } renuncias {

ó } me vuelvo yo { á la mar. }  
   } te vuelves {

HABLADO.

- TIBURON. ¡Oh, Ledia, bendito amor  
que así tan fuerte nos liga!
- LEDIA. ¿Qué quieres que yo te diga,  
picarillo seductor?  
(Dándole una palmadita en la cara.)  
¿Y el conde? (Transición.)
- TIBURON. Partió ligero  
del castillo, y no sé más.  
«Aquí, dijo, esperarás;»  
y el otro dijo, «Aquí espero.»
- LEDIA. ¿Y se amansa?
- TIBURON. (Dudando y con sorna.) Puede ser...
- LEDIA. ¿No tiene mejor cariz?
- TIBURON. ¡Poned la misma nariz *lock*  
y el mismo gesto de ayer!
- LEDIA. ¡Cáscaras!... (Asustada.)
- TIBURON. Sí, ¡voto á tall  
Pero qué gesto, qué gesto,  
como quien dice: ¡Todo esto,  
todo esto, me huele mal!
- LEDIA. ¡Es duro!...
- TIBURON. ¡Como una roca! (Transición.)  
Mas, dime, ¿cómo has logrado  
el hacer de mí un criado  
de esta casa?
- LEDIA. Punto en boca.  
¡Cuando el amor nos penetra  
(Con ternura y vehemencia.)  
el alma!...
- TIBURON. (¡Cielos divinos!)
- LEDIA. ¡Hace milagros supinos!  
¿Entiendes?...
- TIBURON. ¡Sí! (Ni una letra.)
- LEDIA. Antiayer se despidió  
el montero... *hunter*
- TIBURON. (Con indiferencia.) Bien.
- LEDIA. ¡Y como  
yo influyo en el mayordomo!  
¿Vas entendiendo?...

TIBURON.

¡Sí! (No.)

LEDIA. El conde pretende hallar  
un muchacho diligente,  
un buen montero.

TIBURON.

Corriente,  
pues que lo vaya á buscar.

LEDIA. Pero hombre de Dios, ¿no ves  
que ese muchacho eres tú?

TIBURON. ¿Yo?... ¡No enreda Belcebú  
más diabólico entremés!

¿Tanto me quieres, paloma?  
(Con aparente ternura)

LEDIA. Tanto, que ya me figuro  
que puedes dar por seguro  
nuestro enlace.

TIBURON.

(¡Toma, toma!)

(Sacudiéndose los dedos de la mano derecha.)

LEDIA, Sólo pende el matrimonio  
de la respuesta que dé  
mi buen padre.

TIBURON.

¿Cómo... qué...

tu padre?

LEDIA.

Justo.

TIBURON.

(¡Demonio!

¡No haya miedo que me pierda  
por ninguna de tu raza!

¡Este relój, por la traza,  
tiene dos siglos de cuerda!)

(Queda pensativo.)

LEDIA. ¿En qué estás pensando?

TIBURON.

(¡Cuerno!)

¡Estoy pensando, mujer,  
que tu padre debe ser  
hermano del Padre Eterno!

LEDIA. Pues yo tan vieja no soy  
como supones.

TIBURON.

¿Tu edad?

LEDIA. Oye la pura verdad.

TIBURON. (¿Mujer y verdad?... ¡Ya estoy!)

LEDIA. La cara es sin duda alguna  
de los años el reflejo.

TIBURON. ¡Á juzgar por ese espejo...

- LEDIA. tres días más que la luna!  
¿Callarás? Según mis cuentas,  
á mediados de este mes  
cumple... los cuarenta.
- TIBURON. Pues  
mira, no los representas.  
(Con gran formalidad.)
- LEDIA. ¡Harás que contigo rife  
por lo simple y lo borrico!  
(De muy mal talante.)
- TIBURON. ¡Conque cuarenta!... (Con mucha ironía.)
- LEDIA. (De mal gesto.) ¡Y un pico!
- TIBURON. El pico de Tenerife.
- LEDIA. Estás hecho un Lucifer,  
(Yendo hácia Tiburon como para arañarle la cara.)  
un caiman, un...
- TIBURON. (Retrocediendo.) ¡Dios me asista!  
Oye, Ledia...  
(Ledia se retira por la puerta izquierda.)
- LEDIA. (Desde la puerta.) Hasta la vista.  
Se acabé.  
(Volviendo á asomarse y desapareciendo con rapidez.)
- TIBURON. (Suplicante.) ¡Pero mujer!...

## ESCENA IV.

TIBURON.

¡Amoscada! Y en verdad  
que no le falta razon.  
¿Quién te manda, Tiburon,  
echarle en cara su edad?  
¿No es mujer? Pues esto basta  
para que no desmerezca  
de su sexo, y se parezca  
á las demás de su casta!

## ESCENA V.

TIBURON y RUTILIO.

RUTILIO. ¿Y el conde? (Entrando por el foró.)

TIBURON. No sé deciros.  
Há poco salió, y no ha vuelto.

RUTILIO. Esperaré.  
(Pausa breve. Rutilio queda profundamente abstraído.)

TIBURON. (Me revienta  
este fantasma.)

RUTILIO. (¡No quiero  
(Revelando desasosiego y temor.)  
prolongar ni un solo día  
tan espantoso tormento!  
Hoy mismo se han de firmar  
los contratos... ¡Oh, sí!... ¡Luégo,  
mucho mar y mucha tierra!...  
Lóndres, París... el infierno!)  
(Queda pensativo de nuevo.)

TIBURON. (¡Diantre, cómo gesticula, (Observándole.)  
qué modales, qué aspavientos!...  
¡Me parece que este bicho  
es ave de mal agüero!) *Fus 5*

RUTILIO. (¡En cuanto al feroz enigma  
de ese Ermitaño soberbio,  
no cabe más solución  
que la punta del acero!)  
(Mira fijamente á Tiburon, manifestando curiosidad.)

TIBURON. (¡Canastas, cómo me mira!)

RUTILIO. Oye: si mal no recuerdo,  
yo te he visto en otra parte...

TIBURON. Puede ser... (Vamos mintiendo.)  
Si tuviéseis la bondad  
de nombraros... (Algun necio.)

RUTILIO. El baron de san Marcial.

TIBURON. (¡Este es el pillo!... me alegro.)  
Señor baron, permitidme  
(Aparentando gran cortesía.)  
que con el mayor respeto  
bese humilde vuestras plantas ..  
(Yendo á postrarse.)

RUTILIO. Déjate de cumplimientos  
(Rutilio le impide arrodillarse.)  
y responde á mis preguntas.

TIBURON. ¡Oh, preguntad!

RUTILIO. ¿Cuánto tiempo  
llevas aquí de criado?

TIBURON. Pues hace que estoy sirviendo  
al conde William Belfort,  
unas seis horas... ¡lo ménos!

RUTILIO. ¿Te burlas? (De mal talánte.)

TIBURON. Digo verdad,  
y es fácil probar los hechos.  
Ayer era pescador  
de estas playas, y hoy montero  
del castillo.

RUTILIO. Dí, ¿conoces  
á un tal Rodolfo?

(Herido súbitamente por la idea de Rodolfo.)

TIBURON. (¡Sondemos!)

(Con mucha intencion.)

¿Quién no conoce en la costa

(Con gran intencion y disimulo.)

á ese babeiaca, á ese necio,  
que porque tiene seis lanchas  
no cabe ya en el pellejo?

RUTILIO. ¡Mal le quieres!...

TIBURON. ¡Mal, muy mal!

(Creciente rapidez hasta la terminacion de la es-  
cena.)

RUTILIO. ¿Le detestas?...

TIBURON. ¡Le detesto!

RUTILIO. ¿Serías capaz?...

TIBURON. ¡De todo!

(Con resolucion falsa y aparente.)

RUTILIO. Dos mil libras te prometo  
si consigues... (Con mucha viveza.)

TIBURON. ¡Chit... más bajo!

RUTILIO. Que ese pescador...

TIBURON. Entiendo!

(Simulando con el puño un golpe de cuchillo.)

RUTILIO. Mas, ¡imposible!

TIBURON. ¿Por qué?

RUTILIO. ¡Porque el penitente negro,  
como la gente lo llama,  
vela por él!

*Armitage*

TIBURON. ¡Poco es eso,  
cuestion de dos golpes!

RUTILIO. ¡Bravo!

TIBURON. ¿Os parece bien?

RUTILIO. ¡Scherbio!

TIBURON. (¡En cuanto tenga ocasion  
le voy á romper los huesos!)

RUTILIO. ¿Qué decías?...

TIBURON. ¿Quién, yo? Nada,  
que estoy conforme y de acuerdo.

RUTILIO. ¿Trato cerrado?

TIBURON. Cerrado.

RUTILIO. ¡Dos mil libras!

TIBURON. ¡Y dos muertos!

RUTILIO. ¿Y el plazo?

TIBURON. Corto: tres dias.

RUTILIO. Alguien entra. (Mirando al fondo.)

TIBURON. ¡Pues callemos!

(Entra William por el fondo izquierda, hace una  
seña á Tiburon para que se retire, y avanza seve-  
ro y mudo. Rutilio permanece tambien silencioso,  
contemplando al conde con sonrisa glacial.)

TIBURON. (¡Yo te cortaré las alas,  
(Desde el fondo al salir y mirando á Rutilio.)  
pajarraco del infierno!)

## ESCENA VI.

RUTILIO y WILLIAM. Pausa conveniente.

RUTILIO. William, si no conociese  
los estragos que hace el tiempo  
en un carácter, dudara  
del tuyo.

WILLIAM. ¡Rutilio, en eso  
tú eres más feliz que yo;  
siempre igual, siempre de hielo!

RUTILIO. ¡Hola, hola!... Por lo visto  
(Con tono sarcástico.)  
tambien padeces de ciertos  
extravíos de memoria.

¡No te juzgué tan enfermo! (Transición.)  
¿De hielo, William, el hombre  
que con generoso pecho  
apartó de tu cabeza  
la deshonra y el?...

WILLIAM. ¡Silencio!  
(Interrumpiendo con terror.)  
¡Calla, calla... no prosigas,  
sella el labio!

RUTILIO. ¡Te obedezco!  
(Sonriendo con satisfacción.)

WILLIAM. ¡Ah, Rutilio, cuántas veces  
acuden á mi cerebro,  
como punzantes abrojos  
aquellos tristes recuerdos!  
Un príncipe. ¡Dios lo sabe!  
febril, injusto, violento,  
puso la mano en mi rostro  
delante de su consejo.  
¡Ira, desesperación,  
odio y vergüenza sintiendo,  
juré vengarme! El puñal  
compré de un aventurero:  
¡erró el golpe, y con la vida  
hubo de pagar su yerro!...

RUTILIO. ¿Mas yo, que por dicha tuya  
intervine en el proceso,  
me apoderé de una prueba  
que te condenaba!...

WILLIAM. Es cierto.

RUTILIO. Pues bien: tasa aquel servicio.

WILLIAM. ¡Es que vale más el precio  
que me exiges!... ¡Oh, Rutilio!  
(Con ferviente súplica y profundo dolor.)  
Óyeme por si te muevo  
á compasión. Tú no sabes  
lo que es el duro y horrendo  
sacrificio de una hija:  
no ves el remordimiento,  
que se clava poco á poco  
en la mitad de mi pecho,  
gritando incesantemente:

«¡Mal padre, mal caballero!  
¿por qué diste vida á un ángel  
para sepultarlo luégo  
en un fatídico mar  
de lágrimas y tormento?»  
¡Toma, Rutilio, mi hacienda,  
toma la sangre que tengo  
en mis venas, todo es tuyo,  
y todo y aún más te debo!  
Mas, ¡por la gloria divina  
humildemente te ruego  
que me vuelvas la palabra  
que un día, liviano y ciego,  
te empeñé... ¡oh, si desiste  
de nuestro fatal proyecto!  
¡Gozas de inmensa fortuna,  
eres noble, y no eres viejo,  
y sobran en la Noruega  
damas de ilustre abolengo,  
para que logres hacer  
un hermoso casamiento,  
por voluntad, no por fuerza,  
por amor... y no por miedo!  
(Pausa brevísima.)

descont

RUTILIO. Ayer me digiste airado:  
«Lo que una vez yo prometo  
se cumple...»

WILLIAM. (Jadeante.) ¡Pero Rutilio!

RUTILIO. ¡Pero William, eso quiero! (Con resolución.)

Ni te vuelvo la palabra,  
ni renuncio á mi proyecto.

WILLIAM. ¡Oh, cruel tenacidad! (Desesperado.)

RUTILIO. ¡Hoy mismo ha de ser, ó entrego  
en manos de la justicia  
tan precioso documento!

WILLIAM. Pues bien, tigre sanguinario,  
(Fuera de sí y en ademán de sacar la espada.)  
á antes de que llegue á término  
tu infame denuncia... (Yendo hácia Rutilio.)

RUTILIO. (Con precipitación.) ¡Imbécil!  
¿Piensas que conmigo llevo  
el autógrafo?... ¡No falta

quien te denuncie si muero!

WILLIAM. ¡Maldicion! (Cayendo anonadado en el sillón.)

RUTILIO. Escucha, William.

¡Estamos perdiendo el tiempo lastimosamente: el plazo brevísimo te concedo de media hora para que te resuelvas! Hasta luego.

(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

WILLIAM. ¡Antes morir! (Desesperado y resuelto.)

RUTILIO. (Con indiferencia.) ¡Si es tu gusto!...

¡Pasada media hora, vuelvo!

(Con entonacion y dureza.)

(Se va Rutilio por el fondo izquierda, y William permanece desesperado en el sillón, con la cabeza apoyada sobre las manos y sollozando amargamente. Entra Margarita por la puerta izquierda, y al ver el desconsuelo de su padre cae de rodillas á sus piés.)

---

## ESCENA VII.

WILLIAM y MARGARITA.

### CANTADO.

MARG. ¡Llorando, y por culpa mia!

(Desde la puerta observando á su padre.)

¡Padre de mi corazón! (Echándose á los piés.)

WILLIAM. Aparta. (Con blandura.)

MARG. ¡Perdon, perdon!

¡Qué tormento, qué agonía!

(Con doliente frenesí.)

---

¡Á tus plantas,  
padre mio,  
palpitando  
de dolor,  
con el alma  
te suplico  
generosa

compasion.  
Por aquella  
que en su seno  
nueve meses  
me llevó,  
por aquella  
santa madre,  
no me niegues  
tu perdon!

WILLIAM:

Aplaca los rigores

(Se levanta William y abraza á Margarita prodigándola tiernas caricias.)

de tus enojos,  
mitiga tus dolores,  
seca tus ojos.

Calla, hija mia,  
no preguntes la causa  
de mi agonía.

Un misterio que viene  
de mi pasado,  
el corazon me tiene  
despedazado.

Calla, hija mia,  
y respeta el silencio  
de mi agonía.

MARG. ¡Jesús! (Asustada.)

WILLIAM. (Elevando la vista al cielo.)

¡Piedad!

MARG.

¿Tú invocas

del cielo la piedad?

(Con extrañeza y creciente confusion.)

¿Qué es esto, habla?... (Suplicante y ansiosa.)

WILLIAM. (Con dolor.)

¡Nunca!

MARG. ¡Por Dios! (Con ruego vehemente.)

WILLIAM. (Con decision y pena.) ¡Jamás, jamás!

—  
¡Respeta, Margarita,  
respeta mi dolor,  
y deja que agonice  
mi pobre corazon.  
Al fondo del abismo  
desesperado voy,

cual piedra que derrumba  
la cólera de Dios!

MARG. (Su acento misterioso  
me llena de terror,  
y estremecido late  
mi pobre corazón.  
En brazos de la suerte  
desesperada voy,  
llenando de amargura  
la vida de mi amor.)

### HABLADO.

WILLIAM. ¡Hija mía!  
(Abrazándola con angustia y cariño.)

MARG. Padre amado,  
¡cuánto diera por saber  
tus penas!

WILLIAM. (Con tristeza.) ¡No puede ser!  
¡Quédese aquí sepultado. (Señala al corazón.)  
entre sus fibras dolientes  
el rudo tormento impío!

MARG. ¡Habla, habla, padre mío!  
(Con creciente solicitud.)

WILLIAM. ¡Margarita, no lo intentes!  
¡Oh, adios!  
(Con resolución y en actitud de salir.)

MARG. ¡Y así te vas?...

WILLIAM. ¡Soy una planta maldita,  
cuyo fruto, Margarita,  
muy pronto recogerás!  
(Sale por la puerta izquierda. Margarita queda  
como consternada.)

## ESCENA VIII.

MARGARITA.

¡Qué es esto, ¡Dios soberano!  
qué terrible desconsuelo

oculta en su triste velo  
la oscuridad del arcano?  
¿Qué me augura misteriosa  
la desdicha paternal  
sobre el destino fatal  
de mi pasión amorosa?  
¿Por qué, por qué si nací  
(Levantando los ojos al cielo.)  
sujeta á tan triste vida,  
¡madre del alma querida!  
no me llevas hácia tí?  
(Queda sollozando. Ledia entra precipitadamente  
por el fondo izquierda.)

## ESCENA IX.

MARGARITA y LEDIA,

LEDIA. ¡Gracias á Dios!... ¡Oh, qué entrar,  
qué subir y qué bajar!...  
Y Rodolfo, el pobrecillo,  
que no cesa de rondar  
toda la tarde el castillo!  
¡Desde la alta galería,  
sobre las rocas peladas,  
se le vé, ¡Virgen María!  
echando aquí unas miradas  
como chispas de herrería!  
Quizá desde este balcon  
ver consigais al doncel.

(Se aproxima Ledia al balcon y luégo Margarita.  
Entra Tiburon andando de puntillas por el fondo  
derecha, mirando cautelosamente á un lado y á  
otro; se para en el foro, y al ver á Margarita, ex-  
clama:)

TIBURON. ¡Ajajá! Buena ocasion.

¡Chit!...

(Haciendo una seña con la mano á Rodolfo. Luégo  
dirigiéndose á Margarita desde el foro.)

¡Señora!...

(Margarita y Ledia vuelven la vista á la voz de  
Tiburon. Rodolfo aparece al fondo derecha.)

LEDIA. (Viéndole.) ¡Tiburón!  
MARG. ¡Jesús! (Sorprendida al ver á Rodolfo.)  
LEDIA. ¡Y el otro con él! (Por Rodolfo.)  
(Avanza Rodolfo, se aproxima Margarita, le toma una mano, que ella le abandona llena de confu- sion, y la cubre de besos. Ledia, pasando por de- trás de los amantes, se pone como en actitud de vigilar la entrada de la izquierda.)

## ESCENA X.

MARGARITA, RODOLFO, TIBURON y LEDIA.

RODOLFO. ¡Margarita, prenda amada!  
(Con frenesí amoroso.)

MARG. ¿Sabes á lo que te expones?  
(Con vivísimo recelo.)

RODOLFO. ¡Á morir! (Con indiferencia.)

MARG. ¡Virgen sagrada!  
(Aterrada. Pausa breve.)

TIBURON. Mucho ojo con esa entrada.

(Á Ledia indicando la puerta izquierda.)

LEDIA. No necesito lecciones.

(De mal talante y con desden desapareciendo por la izquierda. Tiburon se coloca al foro como para vigilar.)

MARG. ¡Oh, qué locura!...

RODOLFO. Es verdad.

¡Locura, temeridad!

Mas, ¿quién osa resistir,  
cuando este comienza á hervir

(Señalando al corazon.)

con ciega impetuosidad?

¡Al mar tempestuoso y lleno

podrás alzarle una valla; *Senes*

mas no hay quien le ponga freno

cuando en la mitad del seno

de amor el volcan estalla!

MARG. ¡Oh, Rodolfo, huye, vete,  
salva, por Dios; tu existencia!

(Con vehemencia y terror.)

RODOLFO. ¿Mi vida?... ¡Bah! No te inquiete...

(Con desprecio de sí mismo.)

MARG. ¿Y no ves que tu presencia  
también mi honor compromete?

RODOLFO. ¿Y el baron de san Marcial?

(Con enojo y desden.)

¿Y ese maldito rival  
que en este castillo mora,  
acaso no te desdora?...

MARG. ¡Calla, calla!...

(Temiendo no le oigan desde fuera.)

RODOLFO. ¡Voto á tall!...

(Con profunda y amarga ironía.)

Ya comprendo la razon,  
si: como noble se llama  
y se titula baron,  
¡no puede echar un borron  
sobre el cielo de tu fama!

MARG. ¡Rodolfo! (Suplicante.)

RODOLFO. ¡Llegó el instante

(Con decision y firmeza )

de probar la ardiente fé  
que encierra tu pecho amante!

MARG. ¿Qué intentas? (Asustada.)

RODOLFO. Te lo diré.

¿Me quieres?...

(Tomándola una mano y con frenética pasion.)

MARG. ¡Más que á mi vida!

(Con resolucion y firmeza.)

RODOLFO. ¿Lo juras?

MARG. (Mirando al cielo.) ¡Sin vacilar!

RODOLFO. Pues, volemós en seguida

por esa franca salida  
hácia la costa del mar.

Hermosa nave ligera  
para salvarnos espera  
anclada en el ancho golfo.

MARG. ¡Oh, no prosigas, Rodolfo...

(Interrumpiéndole con dignidad y rapidez.)

no sueñes con tal quimera!

¡Antes mil veces morir

que tan fiero deshonor!

¡La pasion, en mi sentir

que no sabe resistir,  
es liviandad, no es amor!

RODOLFO. ¡Margarita! (Confundido.)

MARG. El mundo entero  
tal proceder motejara. *scandal*  
¿Qué digo? ¡Dios justiciero!  
¡Tú serías el primero (Por Rodolfo.)  
en arrojármelo en cara!

RODOLFO. No sé qué extraña elocuencia  
puso en tí la Providencia  
que avasalla mi razon.

MARG. Pues me puso la conciencia  
por norma del corazon.  
¡Y díome en su alta piedad,  
(Con tono digno y seguro.)  
aunque me veas mujer,  
constancia en la voluntad,  
gran firmeza en el querer  
y poca fragilidad!  
Conque así, Rodolfo mio,  
¿por qué al dolor entregarnos?  
¿Por qué temer un desvío *deviation*  
cuando ni el sepulcro frio  
ha de lograr separarnos?

RODOLFO. ¿Y tu padre? (Con recelo y temor.)

MARG. ¡Ruido sientó!  
(Como si oyese rumor al foro.)  
¡Huye, sal!  
(Con súplica, impaciencia y temor.)

RODOLFO. ¡Mia has de ser!...  
¿No es verdad?

(Con locura y como recordándole su juramento.)

MARG. Ó de un convento!

TIBURON. El baron. (Tiburon desde el foro con viveza.)

RODOLFO. ¡Oh, qué tormento!  
(Poniendo mano á la daga.)

MARG. Rodolfo, ¿qué vas á hacer?

RODOLFO. ¡Á matarlo! (Resuelto.)

MARG. (Indignada.) En pleno dia...  
en mi casa... ¡entre los dos!...

RODOLFO. ¡Es verdad! (Confundido.)

MARG. ¡Qué se diría!

**RODOLFO.** ¡Adios, Margarita mia!

(Estrechando con ternura una de sus manos entre las suyas )

**MARG.** ¡Adios, mi Rodolfo, adios! (Con entusiasmo.)

(Desaparecen Rodolfo y Tiburon por el fondo derecha. Margarita se aproxima al balcon, como para convencerse de la salida de Rodolfo, dirigiendo la mirada al exterior. Silencio y pausa conveniente. Rutilio aparece en la puerta del fondo, penetra en escena y se aproxima lentamente al balcon, colocándose detrás de Margarita. Otra pausa breve.)

## ESCENA XI.

MARGARITA y RUTILIO.

**MARG.** En la playa... en libertad...

(Como viendo á Rodolfo fuera del castillo, y secándose los ojos con el pañuelo.)

¡Descansa ya, corazon!

(Al tiempo de volverse queda sorprendida por la presencia de Rutilio.)

**RUTILIO.** ¿Os gusta la inmensidad?

(Con profunda irenia.)

**MARG.** ¿Oh, vos aquí? ¡Maldicion!

(Tratando de huir á la violenta mirada de Rutilio.)

**RUTILIO.** ¿No hay un saludo?...

(Indicando al balcon con profundo despecho.)

**MARG.**

¡Esperad!

(Extiende el pañuelo y saluda á Rodolfo desde el balcon. Dirige despues una mirada altiva á Rutilio y desaparece rápidamente por la izquierda; Rutilio la sigue con la vista hasta que desaparece de la escena, soltando despues una seca y diabólica carcajada.)

## ESCENA XII.

RUTILIO.

Está bien: así te quiero;

(Con la mirada fija en la puerta por donde ha desaparecido Margarita.)

no desperdicies el día.

¡Esta noche serás mía,  
mal que pese al mundo entero!

¡Gaviota del pescador,  
luce tus brillantes galas;

yo te cortaré las alas,  
para amansar tu rigor!

¡Me parece más hermosa (Transición.)

porque sé que me detesta:  
cuanto más trabajo cuesta,

más se apetece una cosa!

¿Pero este William, será

tan confiado ó tan necio,

que estime en tan poco precio

mi posición?... (¡Aquí está!) (Viéndole llegar.)

(Entra William por la izquierda, entorna la puerta y deja caer después el tapiz para mayor precaución; atraviesa el escenario, cierra la del foro y toma luego asiento en uno de los dos sillones de la mesa. Rutilio permanece en pie, visiblemente preocupado. Pausa breve. Margarita se asoma á la vista del público, como en actitud de escuchar por entre el tapiz y la puerta.)

### ESCENA XIII.

WILLIAM, RUTILIO y MARGARITA, desde la puerta.

MARG. (¡Oh, yo quiero averiguar  
si aquí un misterio se esconde!)

RUTILIO. ¿Qué me dice el señor conde?  
¿Me puede ya contestar? (Pausa breve.)

WILLIAM. ¡Aunque la venganza aprestes,  
poco lograrás de mí!

RUTILIO. Eso depende de tí,  
según lo que me contestes.

WILLIAM. ¡Nada, nada me intimida!...  
cumple tu oficio, á qué esperas?

RUTILIO. ¿De veras, William?

WILLIAM.

¡De veras!

RUTILIO. ¿Y tu deshonra y tu vida?...

MARG. (¡Santo Dios!) (Al paño.)

WILLIAM. ¡Cómo ha de ser.

RUTILIO. Yo en tu lugar...

WILLIAM. ¡Loco empeño!

¿Serías acaso dueño  
del alma de una mujer?

RUTILIO. ¿Y qué importa? La diría...  
con claridad y llaneza...

WILLIAM. ¡Ó tu mano ó mi cabeza! (Interrumpiendo.)

RUTILIO. Pues justo.

MARG. (¡Virgen María!)

(Apoyándose contra el marco de la puerta, aterrada y convulsa.)

WILLIAM. Y cobarde y criminal,  
escuchando á mi egoísmo...

RUTILIO. Se la entregaría hoy mismo (Interrumpiendo.)  
al baron de san Marcial.

WILLIAM. Y la pobre Margarita...

RUTILIO. (Interrumpiendo.) Si á mis planes se acomoda..

WILLIAM. Como regalo de boda... (Interrumpiendo.)

RUTILIO. ¡Le doy la carta maldita! (Interrumpiendo.)

WILLIAM. ¿El autógrafo terrible  
que al patíbulo me lleva?

RUTILIO. ¡Sí, la fatídica prueba!

WILLIAM. ¡Pues no, Rutilio, imposible!

(Levantándose del sillón.)

¡Antes el verdugo insano!

RUTILIO. ¿Eso quieres?

WILLIAM. Eso quiero.

RUTILIO. ¡Pues vas á morir!

(Dirigiéndose apresurada y resueltamente hácia  
la puerta del fondo.)

WILLIAM. ¡Primero  
mi cabeza!

(Con exaltacion. Margarita descorre el tapiz y entra visiblemente conmovida.)

MARG. ¡No... mi mano!

(Á Rutilio con rapidez y resolucion. Rutilio retrocede.)

WILLIAM. Ella aquí... ¡Dios poderoso!

(Cae como anonadado en el sillón.)

- MARG. ¡Bendita casualidad!  
¡Oh, padre mio, piedad!  
(Arrodillándose á los piés de William y tomándole una mano.)  
¡Calma tu pecho angustioso  
y tu amargo frenesí!  
¡No soy de tu sangre parte?  
¡Pues yo vengo á rescatarte!  
¡Qué honra mayor para mí?
- WILLIAM. ¡No consiento, no consiento  
tan horrible sacrificio!
- MARG. (¿Y la pena del suplicio?  
(Con viveza y emocion creciente.)  
¿Y la infamia del tormento?...) )
- WILLIAM. (¿Y la amorosa pasion  
que en tu pecho se dilata?...)
- MARG. (¡Cuando de la honra se trata,  
se retuerce el corazon!)  
(Con decision y heroismo.)  
Rutilio, ya conoceis  
(Alto y aparentando serenidad.)  
mi voluntad.
- RUTILIO. (¡Oh, sorpresa!)
- MARG. ¡Irrevocable promesa!
- RUTILIO. ¿Y cuándo?... (Sonriendo friamente.)
- MARG. ¡Cuando gustéis!
- RUTILIO. Mil gracias. Dispuse ya  
todo lo más necesario:  
los testigos, el notario...  
(Con tono de incredulidad )
- MARG. ¡Pues ahora! (Con rapidez y resolucion.)
- RUTILIO. Bien está.  
(Haciendo una cortesía respetuosa á Margarita.  
Sale Rutilio por el fondo izquierda. William queda perplejo y anonadado. Margarita se retira á un lado de la escena, sollozando y cubriéndose los ojos con el pañuelo.)

## ESCENA XIV.

WILLIAM y MARGARITA.

MARG. (En cuanto arranque al baron

(Con voz reconcentrada y casi llorando.)  
esa carta maldecida,

ven, Rodolfo, por la vida  
de mi pobre corazón!

¡Ven sin demora al castillo,  
y en desquite á tus agravios,  
clava el perjurio en mis labios  
con la punta del cuchillo!) (Pausa breve.)

(Hace un poderoso esfuerzo para dominar su amarga y difícil situación. William levanta la cabeza y fija los ojos en Margarita con asombro y pena.)

WILLIAM. ¡Oh, qué has hecho, desdichada!

MARG. Padre, cumplir mi deber.

WILLIAM. ¿Y vas, hija mía, á ser  
á tal mónstruo condenada?

(Levantándose del sillón. Rumor de voces al foro.)

MARG. ¡Comienza la gente á entrar,  
disimulemos, por Dios!  
¡Quédense para los dos  
el disgusto y el pesar!

(William se retira á un extremo del escenario. Margarita hace un poderoso esfuerzo como para dominarse. Entra Rutilio por el foro izquierda acompañado del Notario y dos testigos que aparentan por sus trajes ser personas principales; siguen despues Ledia y el Coro. El Notario se queda de pie junto á la mesa, extiende un rollo de papel y comienza la ceremonia por el órden que determina el diálogo.)

## ESCENA XV.

MARGARITA, LEDIA, WILLIAM, RUTILIO,  
NOTARIO y CORO GENERAL.

### CANTADO.

CORO.....

(Yo no salgo  
de mi asombro,  
ni me puedo  
convencer,

que se case  
Margarita  
si recuerdo  
lo de ayer.  
Ella es jóven,  
y se casa  
con un gallo  
solteron;  
de seguro  
le sucede  
lo que á todos  
al baron.)

(¡Algo aquí pasa, de fijo!  
¿Qué será, qué no será?...  
Pero, ¡bah,  
haya boda y regocijo,  
pues al fin lo mismo da!)

NOTARIO. El conde William Belfort.

(Llamando con solemnidad.)

padre de la contrayente...

WILLIAM. (¡Oh, justo cielo!) Presente.

(Aproximándose al Notario.)

NOTARIO. ¡Firmad! (Le presenta la pluma.)

WILLIAM. (¡Dios mio!)

(Lleno de angustia y vacilando.)

MARG. (¡Valor!)

(Á William inspirándole decision. Firma William y vuelve á su puesto maquinalmente. El Notario hace como que escribe algunos renglones debajo de la firma de William y continúa despues llamando á los contrayentes y testigos.)

NOTARIO. El baron de san Marcial!...

(Rutilio se aproxima á la mesa.)

Rutilio Guálter... Aquí.

(Señalándole el sitio en que ha de firmar. Rutilio firma.)

Ahora la novia.

MARG. (¡Ay de mí!)

(Aterrada, pero disimulando su agonía.)

WILLIAM. (¡Dios santo! ¡Dios eternal!) (Anonadado.)

(Hace Margarita un poderoso esfuerzo, y sobreponiéndose á los impulsos de su corazón y dominando su angustia, se aproxima á la mesa y toma la pluma de mano del Notario, pero al ir á firmar suena la voz de Rodolfo y cae arrodillada al pie de la mesa. Ledia se habrá colocado cerca de Margarita. Asombro general.)

RODOLFO.

Las aguas de los mares

(Fuera á la derecha.)

cuando resbalan,  
reflejan en sus ondas  
mis esperanzas.

¡Ay, mi fortuna,  
si también son, como ellas,  
viento y espuma!

¡No haya temor,  
no lo serán,  
firme es su amor,  
tierno su afán:  
antes que hacer  
negra traición,  
se ha de romper  
su corazón!

MARG.

(¡Piedad, Rodolfo mío!)

Me matas... ¡Oh!

(Cayendo desmayada contra la mesa.)

WILLIAM. (Espantado.) ¡Gran Dios!

RUTILIO. (Que el fiero mar te trague,  
maldito pescador!) (Con rabia desde el balcón.)

(Ledia levanta del suelo á Margarita. Asombro general.)

RODOLFO.

¡Antes que hacer (Más próxima la voz.)

negra traición,

se ha de romper

su corazón!

WILLIAM.

(¡Castigo de mi culpa,

(Margarita vuelve en sí.)

castigo celestial!)

RUTILIO. Hermosa Margarita,  
(Cerca y con aparente solicitud.)  
en tanto os recobrais,  
yo juzgo que el contrato,  
debemos aplazar.  
(¡Entrego á vuestro padre,  
(Con rapidez y entereza.)  
si al punto no firmáis!)

(Margarita levanta la cabeza como impelida por un resorte, toma la pluma del Notario, pero vacila de nuevo.)

CORO. ¡Se turba su cara,  
(Contemplando los movimientos de Margarita.)  
no está muy tranquila;  
de nuevo se para,  
de nuevo vacila;  
ocúltase en vano  
su pena cruel,  
retira la mano,  
no firma el papel!

RUTILIO. Está mejor la novia,  
podemos continuar. (Á todos.)  
(Margarita hace un esfuerzo supremo y firma.)

NOTARIO. Ahora los testigos. (Llamando.)  
(Destácanse del fondo cinco personas, los dos testigos que han entrado con Rutilio, otros dos de la servidumbre del castillo, pero de la más alta, y Rodolfo que avanza resuelto por delante de los cuatro hasta la mesa. Al verlo, retrocede espantada Margarita. Asombro general.)

MARG. ¡Gran Dios!  
RODOLFO. (Á Margarita.) ¿Por qué temblar?  
¿Acaso no contabas  
con un testigo más?

## ESCENA XVI.

DICHOS y RODOLFO.

RUTILIO. ¡Prended al insensato (Al Coro.)

que así viene á turbar  
la calma y el reposo  
de tal solemnidad!

(Movimiento en el grupo de coristas hácia Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Cobarde, miserable! (Á Rutilio.)

¡Atrás, canalla, atrás!

(Al Coro con desesperacion: el Coro retrocede.)

¡Si dais un sólo paso  
os mato sin piedad!

---

RODOLFO. En las flores más hermosas,  
el reptil duerme traidor,  
y en las frases cariñosas  
la perfidia del amor.

¡Yo, que ciego la quería,  
ver no pude, por mi mal,  
la ponzoña que escondía  
en sus labios de coral!

---

MARG. Ilusiones amorosas  
de mi sueño encantador,  
sois fugaces y engañosas  
como nubes de vapor.  
Yo, que ciega lo quería,  
ver no pude por mi mal,  
el arcano que escondía  
la desgracia paternal.

---

RUTILIO. Exigencias vergonzosas  
y humillantes del amor,  
me someten, caprichosas,  
á los piés de un pescador.  
Deslumbrada el alma mia,  
ver no quiso, por su mal,  
lo muy poco que valía  
el barón de san Marcial.

---

WILLIAM. ¡Amenazas pavorosas  
que me llenan de terror,  
ó torpezas amorosas

que empañar pueden mi honor!  
¡Yo, que en santa paz vivía,  
ver no pude, por mi mal,  
la desgracia que escondía  
mi cariño paternal!

LEDIA. ¡De estas farsas peligrosas  
es mi culpa la mayor;  
si averiguan estas cosas  
Dios me preste su favor!  
¡Yo, que el riesgo conocía,  
ver no quise, por mi mal,  
que el enredo al fin se haría  
un enredo general!

CORO. Las palabras dolorosas  
de este pobre pescador  
son terribles, son furiosas,  
y me llenan de estupor.  
¡Yo, que en vano discurría,  
ver no pude, por mi mal,  
que la bo la causaría  
un disgusto general!

WILLIAM. ¡Atad á ese villano, (Por Rodolfo al coro.)  
y no haya compasion!

RODOLFO. ¡Yo reto á ese cobarde, (Á Rutilio.)  
si tiene corazon!

(Da algunos pasos atras y se poné en guardia, de espalda al coro y esperando á Rutilio. El coro lo sujeta, pero al descomponerse el grupo de coristas aparece el Ermitaño al fondo.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y el ERMITAÑO.

ERMIT. ¡En nombre de los cielos,  
(Al coro con entereza y autoridad religiosa. Asom-  
bro general.)  
dejadle en libertad!

WILLIAM. ¡Mis órdenes cumplid!

(Con severidad y decision al coro.)

ERMIT. ¡Atrás, William, atrás!

(Bajando hasta colocarse en medio de William y Rutilio.)

(¡Ó entrego al regicida al príncipe real!)

(Con viveza y terrible amenaza. William retrocede con disgusto.)

MARG. ¡Por Dios, Rodolfo mio!

(Suplicante á Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Deja, déjame en paz!

(Con desden y altivez á Margarita.)

MARG. ¡Perdon, misericordia!

RODOLFO. ¡Perdon, perdón... jamás!...

(Con locura y fiereza.)

¡Desprecio

tan sólo

merece

tu amor;

infamia,

desprecio

tu negra

traicion.

¡Imbécil

del hombre

que empeña

su fé;

maldito

por siempre

maldito

tambien!

(Margarita, asida de las manos de Rodolfo, pugna por retenerlo, y este por desasirse.)

TODOS.

La mala

ventura

de pronto

cayó,

sembrando

desdichas

y fiero

rigor.

¡Qué pasa,  
Dios mio,  
qué pasa,  
no sé;  
parece  
del cielo  
castigo  
cruel!

MARG.

¡Rodolfo! (Casi al foro.)

¡Bien mio!

RODOLFO.

¡Aparta!

MARG.

¡¡Perdon!!

RODOLFO.

¡¡Maldita  
por siempre  
tu infame  
traicion!!

(Rodolfo rechaza á Margarita, que cae desmayada en brazos de Ledia y desaparece por el fondo derecha entre al asombro general. El Ermitaño contiene con su actitud á William y Rutilio que permanecen aterrados. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Cámara ochavada.—A la derecha, en segundo término, dos grandes ventanas de vidrieras, la del segundo término practicable, y ambas de primorosa ornamentación bizantina.—A la izquierda dos puertas que comunican con el interior del castillo.—Al fondo otra puerta: mesa y sillón á la izquierda: taburetes en diferentes puntos de la escena: una gran lámpara sobre un zócalo, y en el ángulo de una ochava; dispuesta de modo que pueda apagarse cuando lo determine la acción de la fábula.

Preludio en la orquesta á telón corrido.—Al terminar el preludio aparece Rutilio por la segunda puerta izquierda, visiblemente preocupado.—Pausa conveniente.

### ESCENA PRIMERA.

RUTILIO.

¡Oh, qué ansiedad y qué noche!  
¡Qué noche tan larga! El tiempo,  
que es para el goce un relámpago,  
es para el dolor eterno.

(Suenan las tres en el reloj del castillo.)

Las tres: aún faltan dos horas.

¡Dos horas de sufrimiento!  
Mientras no despunte el alba,  
no descanso, no sosiego.

¿Dónde iré con Margarita?  
¿Dónde, que ponga á cubierto  
mi seguridad? ¡No sé!  
Lóndres, París... no, más lejos,  
mucho más lejos .. América,  
el Polo Antártico... creo  
que hasta en el Polo he de hallar  
á ese aborto del infierno!  
Mas, ¡oh, Dios! ¿Quién es, quién es  
ese penitente austero  
que aparece ante mi vista  
como un castigo del cielo?  
¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere  
ese fantasma siniestro,  
negro como mi conciencia,  
y como mis culpas negro?  
Imposible adivinar,  
no doy con él, no recuerdo.  
(Suena el oleaje del mar.)  
¡Hola, parece que el golfo  
tambien se agita soberbio!  
¿Habrá tempestad?... quién sabe:  
todo, todo me lo temo.  
(Se asoma á la ventana.)  
Mucha bruma, gran marea,  
y algunas rachas de viento.  
(Cierra la ventana. Tiburon desde la puerta del  
fondo.)

## ESCENA II.

RUTILIO y TIBURON.

TIBURON. Señor baron...

RUTILIO. Adelante.

¿Está ya todo dispuesto?

TIBURON. Lo está.

RUTILIO. ¿La silla de postas?...

TIBURON. En el patio grande.

RUTILIO. Bueno.

¿Saben que hemos de partir?  
después de la boda?

TIBURON. ¿Que hemos?...

RUTILIO. Nosotros, se entiende.

TIBURON.

RUTILIO. Tú haces falta aquí. ¡Ah! vamos.

TIBURON.

RUTILIO. Mientras no consigas... Convengo.

TIBURON.

RUTILIO. ¡Justo, los dos golpes!

RUTILIO.

No hables recio.

(Indicando al cuarto próximo)

¿Y has concertado tu plan?

TIBURON. Mañana los escabecho.

RUTILIO. ¡Chit!... más bajo.

TIBURON.

RUTILIO. Pues mañana los despabilo!

RUTILIO.

¡Silencio!

(Este zarramplin del diablo ó es muy ladino ó muy necio.)

TIBURON. (Se me pasan unas ganas de retorcerle el pescuezo...)

RUTILIO. ¿Y de Rodolfo, qué sabes?

TIBURON. ¡Que está en capilla!

RUTILIO.

No es eso.

¿No te llama la atencion que un pescador liso y neto haya podido lograr fortuna en tan poco tiempo?

TIBURON. Se dice que en un naufragio salvó un rico cargamento, por cuyo hermoso rescate, segun tambien me dijeron, le dió el armador del buque seiscientas libras de premio.

RUTILIO. Y trabaja con sus lanchas y multiplica el dinero, ¡mas siempre será un palurdo!

TIBURON. ¿Un palurdo?... ¡Ni por pienso! pues aunque viste de lana tiene poco de borrego.

Sabe leer y escribir, compone fáciles versos, se produce como un lord

- (Marcando las palabras)  
y discurre como un viejo.
- RUTILIO. ¿Te estás burlando?
- TIBURON. Es la pura  
verdad. Y lo más soberbio  
del caso es, que nadie sabe  
de dónde vino el mochuelo.  
En un puerto de la Suecia  
lo recogió un marinero,  
lo empaquetó en su brik-barca  
y se lo trajo á este pueblo.
- RUTILIO. ¿Le daría educacion?...  
TIBURON. Sí, la educacion del remo.  
RUTILIO. Es particular: Entónces,  
¿cómo diantre?...  
TIBURON. Por su mérito.  
Porque en lugar de trasnochés,  
tabernas y jubileos,  
él se pasaba en la escuela  
las horas con el maestro.
- RUTILIO. (Medio receloso.)  
¿Hablas de él con entusiasmo?...  
TIBURON. La justicia lo primero.  
Mas esto no quita para...  
que yo la quite de enmedio.  
¡Chit... la vieja!  
(Asoma Ledia por la primera puerta izquierda.)
- RUTILIO. ¡Bien! (Sepamos  
lo que ocurre por ahí dentro.)

### ESCENA III.

DICHOS y LEDIA, que entra por la puerta del fondo.

- RUTILIO. ¿Sigue mejor?...  
LEDIA. (Con alguna tristeza.) No parece  
que adelanta mucho.  
RUTILIO. ¿Pero  
se encuentra más sosegada?...  
LEDIA. Lo mismo.  
RUTILIO. ¡Qué contratiempo!  
Y es necesario partir  
con el alba...

TIBURON. (¡Lo veremos!)

RUTILIO. ¿Y el conde?...

LEDIA. En su compañía.

TIBURON. (¡Pobre Margarita!)

RUTILIO. (Tiemblo

como si tuviera azogue.

¡Oh, qué noche, qué tormento!)

(Quédase abstraído y silencioso. Pausa brevisima.)

TIBURON. (¿Conque se la lleva al fin?... ) Á Ledia.)

LEDIA. (¡Se la lleva!) (Á Tiburon.)

TIBURON. (Á Ledia.) (¡Pues protestó!)

LEDIA. (¿No es ya su esposa?...) )

TIBURON. (¿Su esposa?...

Falta mi consentimiento.)

RUTILIO. (La idea de ese Ermitaño

(Rutilio de mal talante.)

pesa sobre mi cerebro

como una losa de plomo!...

¿Quién será?... No lo recuerdo.

Necesito descansar

un breve espacio... no puedo

tenerme en pie.) Tiburon, (Alto.)

por si hay novedad te dejo

de centinela, no olvides

que apenas quiebre reflejos

el albor...

TIBURON. Id descuidado.

RUTILIO. Ya sabes, en mi aposento.

(Váse sombrío y lentamente por la segunda puerta izquierda.)

TIBURON. (Desde la puerta á Rutilio.)

¡Anda con Dios, y ojalá

goces de tan largo sueño,

que si despiertas, despiertes

en el mismísimo infierno!

## ESCENA IV.

TIBURON y LEDIA.

TIBURON. (Paseando por la escena.)

¿Conque se la lleva al fin,

conque por fin se la lleva,  
conque se chupa la breva  
ese pícaro mastin?...  
¿Conque van á la ciudad,  
conque abandonan el golfo,  
conque al mísero Rodolfo  
se le mata sin piedad?...

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, ay de mí!  
(Llorando y siguiendo á Tiburon en su paseo.)

TIBURON. ¡Nunca, voto á una legion!  
(Sin parar mientes en lo que habla Ledia.)

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, Tiburon, (Id.)  
qué desdichada nací!

TIBURON. ¡Inventar es necesario  
una diabólica trama!  
(Sin hacer caso de Ledia, pero parándose como pensativo.)

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, cuando se ama...

TIBURON. No se la lleva, ¡canario!  
(Como si hubiese dado con una idea.)

LEDIA. Cuando en el pecho se encierra  
un amor profundo, y cuando ..

TIBURON. ¿Pero de qué estás hablando?...  
(Interrumpiéndola con disgusto.)

LEDIA. ¡De los patos de tu tierra! (Indignada.)

TIBURON. ¡Pues mira que el horno está (De mal talante.)  
para bellos!

LEDIA. ¿Y á mí qué?

TIBURON. ¡Ni á mí!

LEDIA. ¡Yo te lo diré!

TIBURON. ¡Ledia! (Furioso.)

LEDIA. ¡Lo mismo me da!

(Con desprecio y burla.)

TIBURON. (Mostrándose razonable.)

¡Pero oye, mujer, escucha,  
y basta ya de quimeras!

LEDIA. ¡Valiente pez!

TIBURON. Como quieras.

¡Tú sí que estás buena trucha!

LEDIA. ¡Te haré del castillo echar  
por lo ingrato y lo cerril!

TIBURON. ¡Oh, venganza mujeril!

Adios, me va á destronar.

LEDIA. ¡No me engañas, soy un lince!

TIBURON. Y eso á los cuarenta y pico...  
¡diantre, para el diablo chico  
que te atrapara á los quince!

LEDIA. (Yendo hácia él furiosa.)  
¡Pillo, canalla, bribon!

TIBURON. (Encolerizado y rabioso.)  
Oye, nieta del infierno,  
sobrina del Padre Eterno,  
tia de la creacion,  
con ese rostro de agraz  
me tienes ya frito y harto;  
sé que no tienes un cuarto:  
¿me quieres dejar en paz?

LEDIA. ¡El interés, cosa rara,  
cosa rara, ya salió;  
todos lo mismo!

TIBURON. ¡Pues no,  
te iba á querer por tu cara!  
¿Olvidas en tus enojos  
que una píldora purgante  
se la dora lo bastante  
para que engañe los ojos?  
Pasion que á las viejas urga,  
si á jóvenes acomoda,  
hay que dorarles la boda  
para que traguen la purga.

LEDIA. ¡El negocio, el interés,  
(Subiendo el tono, despechada é hiriendo el ta-  
blado con el pie.)  
qué peste, Señor, qué peste!

(Aparece William por la primera puerta de la iz-  
quierda con Margarita del brazo que se manifiesta  
sumamente abatida.)

WILLIAM. ¡Hola... qué alboroto es este?  
(Con dureza y severidad desde la puerta.)

¡Despejad!

LEDIA. (¡Hasta despues!)

(Á Tiburon con tono amenazante y tirándole un  
pellizco. Tiburon se va por la segunda puerta de  
la izquierda. Ledia por la del fondo. Margarita se

sienta en un taburete. El conde en un sillón y cerca de Margarita; ésta apoya un brazo en las rodillas de William.)

## ESCENA V.

WILLIAM y MARGARITA.

WILLIAM. (Con gran ternura.)  
Margarita, pues que ya  
te encuentre más sosegada;  
pues que la nueva alborada  
en lucir no tardará;  
pues que el sacerdote va  
con su santa bendición  
á hacer perpétua tu union  
y tu desgracia infinita,  
Margarita, Margarita,  
muéstrame tu corazón!

MARG. (Con dulce reconvencion.)  
¡Oh, jamás; padre querido,  
que es temeraria locura  
despertar la calentura  
del león que está dormido!  
(Señalando al corazón.)  
Duerma en paz, y su latido  
ninguna pasión denote:  
el recuerdo es un azote  
que pudiera despertarlo,  
y entonces, ¿cómo llevarlo  
á los pies del sacerdote?

WILLIAM. ¡Verdad, hija mia, sí!  
Comprendo el triste suplicio  
y el amargo sacrificio  
que te has impuesto por mí.  
Mas dí, Margarita, dí,  
¿no tienes, á la verdad,  
entre tan fiera ansiedad  
y entre tan infausta suerte,  
como el condenado á muerte  
tu postrera voluntad?

MARG. Una tengo.

(Como quien se alivia de un peso.)

WILLIAM. ¡Pues te juro  
como á sagrado mirarla,  
y cumplirla y respetarla  
ciegamente!

MARG. ¡De seguro  
te enoja, me lo figuro!

WILLIAM. (Suplicando cariñosamente.)  
Vamos, habla sin temor.

MARG. Es una prenda de amor,  
¡un tiempo tan lisonjera!  
que hoy devolverle quisiera  
á Rodolfo el pescador.

(Transición. Pausa conveniente y con entonación  
narrativa.)

Con ansia esperando un día  
¡á qué negarlo! á Rodolfo,  
en la márgen de ese golfo  
que el poniente sol hería,  
llena de melancolía,  
mitad gusto, mitad duelo,  
vino en su amoroso anhelo,  
sin poderla contener,  
una lágrima á caer  
silenciosa en mi pañuelo.

Un brazo se adelantó  
blandamente por mi espalda,  
y rápido de la falda  
el pañuelo arrebató.

En él un beso crujió,  
y apenas su labio toca  
mi lágrima, triste y loca,  
se disipa de repente  
en la llamarada ardiente

(Con deleite amoroso.)

del beso de aquella boca.  
Confusa un punto quedé,  
bajé los ojos, y luego  
de aquella boca de fuego  
estas frases escuché:

«Margarita, si es tu fe  
tan inmensa, tan profunda

»como el amor que me inunda,  
»como el volcán que me quema,  
»este ha de ser el emblema  
»que nos ate y nos confunda.»  
Dijo, y el lienzo rasgando  
con pasión y ceguedad,  
me dejó con la mitad  
y huyó con la otra volando.  
Quedéme absorta mirando  
aquel emblema y tesoro  
del bien que perdido lloro,  
cuando de su blanco encierro, (Con misterio.)  
cayó un anillo de hierro  
con unas cifras en oro.  
¡Dulce prenda, fiel testigo  
(Sacando el anillo y contemplándolo con arroba-  
miento.)  
de mi ventura pasada,  
que hallaste aquí tu morada  
(Señalando al corazón.)  
de un juramento al abrigo:  
al dejar el seno amigo  
que darte supo calor,  
á Rodolfo el pescador  
lleva con ansia infinita  
de la pobre Margarita,  
otra lágrima de amor!  
(Besa la sortija con apasionado frenesí. Pausa con-  
veniente.)

WILLIAM. ¿De hierro y oro?...  
(Como herido por una idea repentina.)

MARG. Cabal.

WILLIAM. Parece cosa de hechizo.

MARG. ¿Por qué?

WILLIAM. Porque en tu bautizo  
dí á don Ramiro otro igual,  
con la promesa formal  
de unirte á su tiempo y día  
con un hijo que él tenía...  
¡Mas poco el trato duró,  
pues que con su hijo murió  
cuando de la India volvía!

Prosigue...

MARG. Las cifras son  
varias letras, coronadas  
por dos manos enlazadas.

(Mostrando la sortija.)

WILLIAM. ¡El anillo... maldicion!

(Levantándose del asiento. Reconociéndolo y lleno  
de asombro.)

MARG. ¡Oh! (Entregando el anillo á William.)

WILLIAM. ¡El mismo, el mismo, sí...  
un pescador!...

MARG. (Desconcertada.) ¡Ay de mí!

WILLIAM. Aunque se halle en un destierro,

(En el colmo de la desesperacion.)

no me paro, no me aterro,

yo necesito saber

cómo llegó á su poder

esta sortija de hierro!

(Váse rápidamente por el fondo izquierda.)

---

## ESCENA VI.

MARGARITA queda como anonadada.

### CANTADO.

Lágrimas mias,

¿en dónde estais

que de mis ojos

ya no brotais?

El fuego ardiente

de una pasion,

seco ha dejado

mi corazon.

¡Ay de mí,

qué triste y desolada,

para llorar nació!

---

Como cayendo

las hojas van

á los impulsos  
del huracan;  
así han caído  
con mi dolor  
las ilusiones  
de tanto amor.

¡Ay de mí,  
que triste y desolada,  
para llorar nací!

La vista se me nubla,  
sufrir no puedo más;  
yo vacilo, yo me ahogo,  
favor... socorro... ¡ah!

(Cae desmayada sobre el sillón. Pausa breve. Empieza la tempestad poco á poco. Entra Ledia por el fondo.)

## ESCENA VII.

MARGARITA y LEDIA. Aquella permanece desmayada hasta que lo determina el diálogo.

LEDIA. Me pareció haber oído pedir favor. . . ¿Qué estoy viendo?

(Repara en Margarita.)

¡Desmayada! Lo comprendo:  
y pegará un estallido.

¡Señora... señora! (Llamándola.) ¿Y cómo me las compongo yo ahora?

¡Señora! (Vuelve á llamarla.) Nada. ¡Señora!... Está lo mismo que un plomo.

Quizá la brisa del mar...

(Se dirige hácia la ventana, la abre, y en el mismo punto penetra un relámpago y retumba el trueno.)

¡Santa Bárbara bendita, (Santiguándose.)  
que en el cielo estás escrita,  
vaya una noche! Á cerrar.

(Ledia hace esfuerzos por cerrar las hojas de las ventana que resisten entornadas.)

¡Caracoles! Á no ser  
porque oigo el viento, creyera  
que álguien empuja por fuera.

(Insistiendo por cerrar.)

¡Que si quieres, no hay poder!

(Se abren de par en par las hojas de la ventana,  
se ve á Rodolfo á horcajadas en al alféizar, y una  
ráfaga de viento apaga la lámpara.)

¡Jesús, Vírgen soberana! (Espantada.)

¡Qué miedo, qué horror, qué frio,  
sin luz... á oscuras... Dios mio!...

(Reparando en Rodolfo.)

y el diablo por la ventana!

(Váse fondo, aturdida y tropezando. Pausa conve-  
niente: se apacigua la tempestad.)

## ESCENA VIII.

RODOLFO.

¡Llegué: Rodolfo, valor! (Saltando á escena.)

Sombra... quietud... soledad.

¡Para matarla, señor,  
cuanta más sombra, mejor;  
mucho, mucha oscuridad!

¡Que no mire, que no vea  
su hermosura peregrina,  
luz que al alba centellea,  
paraíso que recrea,  
ilusion que me fascina!

¡Pues si llego á vislumbrar  
el sol que en sus ojos arde,  
de mi despecho á pesar  
temblaré como un cobarde (Casi sollozando.)  
y no la podré matar!

(Desde la ventana al golfo.)

Golfo que ruges violento,  
si como tienes poder  
tuvieras mi pensamiento,  
¡oh mar, podrías barrer  
las estrellas con tu aliento!  
Podrías, rotos los lazos

de las frágiles arenas,  
hacer al mundo pedazos  
entre el vigor de tus brazos  
ó bajo tus ondas llenas.  
Para ahogar el mundo en tí  
ó para escalar los cielos,  
mónstruo de agua, ¡ven á mí,  
entra y arranca de aquí (Señalando al corazón.)  
la tempestad de los celos!

(Con exaltación y brío. Un trueno lejano. Pausa  
brevísima.)

MARG. ¿Dónde estoy?... (Como despertando.)

RODOLFO. (Con emoción.) ¡Ella, Dios fuerte!

MARG. ¡Qué oscuridad!...

(Levantándose y dando algunos pasos como para  
salir.)

RODOLFO. (¡Decisión!)

MARG. ¡Ledia!... (Llamando asustada.)

RODOLFO. ¡Calla! (Próximo á Margarita.)

MARG. ¡Maldición!

(Retrocediendo espantada.)

¿Quién entra, quién va?...

RODOLFO. ¡Tu muerte!

MARG. ¡Rodolfo! (Reconociéndolo.)

RODOLFO. ¡Tu expiación!

(Tomándole una mano.)

(Levanta el brazo Rodolfo para descargar el golpe.  
Margarita cae de rodillas, y un brillante relámpago,  
entrando por la ventana, ilumina la estancia.  
El puñal se cae de la mano de Rodolfo y queda  
como alucinado contemplando á Margarita arrodilla-  
llada.)

RODOLFO. (Rodolfo mira estático á Margarita.)

¡Oh, Jesús!...

MARG. (Con decisión.) ¡Hiere!

RODOLFO. Traidor

(Como apostrofando á la tempestad y mirando á  
la ventana.)

relámpago brillador,

¿te envía la nube fiera,

ó eres lumbre mensajera

de la gloria de mi amor?

vivo destello fugaz  
de su hermosura galana,  
limpio reflejo de paz,  
¿entraste por la ventana  
ó brotaste de su faz?

(Señalando á Margarita.)

MARG. ¡Morir, morir apetezco;  
de un solo golpe desata  
mi existencia, lo merezco;  
no vaciles... hiere... mata...  
(Con rapidez y desesperacion.)  
si no matas, te aborrezco!

## ESCENA IX.

DICHOS, WILLIAM, ERMITAÑO y PAJES con  
hachas; luégo RUTILIO y TIBURON.

WILLIAM. ¡Alumbrad! (Fuera fondo izquierda.)

MARG.

¡Ay de los dos!

(Margarita con horror, replegándose con Rodolfo  
á la derecha.)

WILLIAM. ¡Aquí las hachas!

(Desde la puerta. Entran delante de William dos  
pajes con hachas.)

¡Entrad,

(Al Ermitaño que le sigue.)

entrad padre, y perdonad!

¡Qué es lo que miro, gran Dios!

(Estupefacto al ver á Rodolfo y Margarita.)

ERMIT. (¡Ah, Rodolfo!) (Con alegría.)

WILLIAM.

¿Y aun se atreve

en el dia de la boda?

¡Á mi honor tu sangre  
no ha de bastar, hombre alevel!

¡Voy á espantar el castillo  
con la venganza que hoy tomo!...

Mas ántes, sepa yo... el cómo  
llegó á tu mano este anillo! (Mostrándoselo.)

RODOLFO. No lo sé. (Con indiferencia y sequedad.)

WILLIAM.

Lo robaría.

RODOLFO. ¡Tal insulto!...

(En actitud de lanzarse sobre William.)

ERMIT.

Calla, calla.

(Conteniéndole y con autoridad.)

¡Yo os lo diré! ¿Dónde se halla (Á William Rutilio)?

WILLIAM. (Con disgusto.) No sé, á fe mia.

ERMIT. ¡Pues que se le busque haced sin espacio ni demora, porque ha sonado la hora de la justicia!

WILLIAM.

¿Sí? ¡Ved!

(Dirigiendo la vista á la izquierda, por donde entra Rutilio seguido de Tiburon.)

ERMIT.

Llega á tiempo.

RUTILIO.

(¡Oh!)

(Sorprendido al ver al Ermitaño, con gran confusión y parándose en la puerta.)

ERMIT.

Adelante,

señor baron. (Con familiaridad irónica.)

RUTILIO.

¡No os comprendo!

(De mal talante al Ermitaño)

¿Qué pretendéis?... (Con altivez.)

ERMIT.

¿Qué pretendo?

¡Tened paciencia un instante!

RUTILIO. (¡Estoy perdido!) (Confuso.)

ERMIT.

(¡Ay de tí!)

(Con tono amenazante.)

¡Para cumplir con la ley,

William, y en nombre del rey,

nadie se mueva de aquí!

WILLIAM. (¿Qué será?) (Preocupado y con asombro.)

ERMIT.

¡Mucha atención! (Á todos.)

(¡Tú sobre todo, Gaspar!)

(Á Rutilio con sonrisa amarga y profundísima intención.)

RUTILIO. (¡Justo Dios!) (Aterrado.)

ERMIT.

¡Voy á contar (Á todos.)

una historia! (Se coloca al lado de Rutilio.)

RUTILIO.

(¡Maldición!)

(Con espanto. Pausa conveniente.)

ERMIT.

Nace y arranca mi historia,

si no es infiel mi memoria,  
del año sesenta y tres,  
entre la ensenada Gloria  
y el cabo de san Andrés.

RUTILIO. (¡Oh, callad!) (Al Ermitaño.)

ERMIT. (¡Pasas mal rato? (Á Rutilio.)

Á bordo de un bergantín

fletado en la India... (¡Insensato,

(Hace Rutilio un movimiento de impaciencia.)

has de tragar el relato

(Á Rutilio con fuerza.)

desde el principio hasta el fin!

Un caballero breton

partió con alma angustiosa

de aquella indiana region,

dejando allí el corazón

en la tumba de su esposa!

(Comienza á brillar el día gradual y paulatina-  
mente durante el relato de esta historia.)

El caballero llevaba

un hijo á quien adoraba,

y en calidad de criado

un dinamarqués, ¡malvado!

(Mirando á Rutilio.)

en quien ciego confiaba.

Tenía el tal caballero

cuando de la India volvía,

muchas joyas y dinero...

Di, ¿como cuánto tendría?... (Á Rutilio.)

¿Tú no lo sabes?... (Con punzante sorna.)

¡Ni quiero!

RUTILIO.

(Con dureza y desesperación.)

ERMIT. Pues bien; sucedió una tarde,  
ya casi al anochecer,

que aquel servidor cobarde,

en un hipócrita alarde

dejando el llanto correr,

subió á cubierta diciendo:

«¡Todo para mí acabó!

»¡El amo se está muriendo!

»¡Se corro, bajad corriendo!..»

Toda la gente bajó.

¡Sobre la litera, inerte  
el caballero se advierte;  
pero se advierte en su faz  
ese síntoma tenaz  
mezcla de crimen y muerte!  
En la sospecha horrorosa  
envuelto el criado fué...

RUTILIO. ¡Miente quien diga tal cosa;  
(En un arrebato de indignacion.)  
se murió, no le maté!

ERMIT. ¡Qué confesion tan hermosa!

RUTILIO. ¡Basta!

ERMIT. ¡Sí, tu confesion  
desnudo te ha presentado!  
¡Saludemos al baron,  
(Á todos con énfasis irónico.)  
en otro tiempo criado  
del caballero breton!

RUTILIO. Pero, ¿quién eres?... ¿Quién eres...  
engendro de Satanás?...

ERMIT. ¡Calma, no te desesperes! (Con naturalidad.)  
¡Si saber mi nombre quieres,  
muy pronto á saberlo vas!

RUTILIO. ¡Paso!

(Queriendo escapar. Tiburon le cierra la salida.)

ERMIT. ¿Tratas de escaparte?...

Lo siento, no puede ser.  
¡Sufré y aprende á domarte!

RUTILIO. ¡Acabad, con Lucifer! (Desesperado.)

(Se retiran los pajes á una seña de Tiburon, cierra éste la puerta del fondo, recoge el puñal que habrá tirado Rodolfo en la escena anterior y se vuelve á colocar como de centinela en la segunda puerta izquierda.)

ERMIT. Vaya la segunda parte.

El muerto en el mar quedó,

(Con naturalidad y haciendo una pausa conveniente.)

y á bordo del bergantin  
que el caballero fletó  
en el indiano confin,  
rota escena aconteció.

¡Noche de espeso celaje,  
(Acompañando la descripción con la acción  
tono y el gesto.)

hora las diez, el paraje  
junto á las costas de Suecia,  
tiempo duro, la mar recia,  
gran viento, mucho oleaje!

¡La tripulación dormía,  
el contramaestre velaba,  
el timonel dirigía,

el mar de proa azotaba  
y el barco al andar crujía!

De pronto vieron llegar  
cerca del palo mayor,  
una sombra singular  
que arrojó un objeto al mar

por la borda de estribor.

¡Sonó un grito lastimero!

Apareció un hombre fiero.

¡Sabeis quién era? ¡El criado!

Y aquel objeto arrojado  
el hijo del caballero.

Vivo, veloz, de repente,

como un rayo diligente,

el contramaestre rudo

se lanzó á la mar hirviente

¡y alcanzar al niño pudo!

¡Oh, qué noche, con fe ciega

invoca el marino á Dios,

pero se rinde en la brega

y la salvacion no llega

y van á morir los dos!... (Transición.)

Mas el final de la historia

relate para su gloria

la víctima. ¡Sí, Rodolfo;

cuenta, si tienes memoria,

cómo salimos del golfo! (Asombro general.)

RUTILIO. ¡Quién, él? (Señalando á Rodolfo.)

ERMIT. ¡Él!

RUTILIO. ¡Por Belcebú!

¡Oh, delirais!

ERMIT. ¡No deliro!

RUTILIO. ¿El hijo de don Ramiro?

ERMIT. ¡Y el criado infame tú!

RUTILIO. ¡Pruebas... pruebas!...

ERMIT. ¡Necio afán!

RUTILIO. ¡Mostradlas!

ERMIT. ¡Piensa el villano

que las borró el Oceanol...

¡Te equivocas... aquí están!

(Sacando del pecho un paquetito de papeles y mostrándolos á Rutilio.)

TODOS. ¡Oh! (Con asombro.)

RUTILIO. ¡Jesús! (Confundido y anonadado.)

ERMIT. ¡William Belfort,

(Á William entregándole los papeles.)

por el cielo os aseguro,

y en nombre de Dios os juro,

que Rodolfo el pescador

es el vástago heredero

del conde Ramiro Star!

WILLIAM. ¡Oh, milagro singular!

¿Qué escucho, Dios justiciero?

(Confuso y perplejo.)

La Providencia bendita,

ante quien dócil me humillo,

puso quizás el anillo

en manos de Margarita!

Rodolfo, llegó el instante

de cumplir un pacto honroso.

¡Tuya es mi hija!

MARG. ¡Dios glorioso!

RODOLFO. ¡Señor!... (Embargado de emoción.)

ERMIT. ¿Qué opina el tunante?

(Á Rutilio, que se hallará colocado junto á la ventana.)

RUTILIO. ¡Oh, basta ya!

WILLIAM. ¡Llega pues,

ven, Rodolfo, á mi regazo,

ven, hija, y en un abrazo

Dios nos confunda á los tres!

(Rodolfo y Margarita se arrojan en brazos de William.)

ERMIT. Satisfacción sin igual...

RUTILIO. ¡Cielos, qué miro! ¡Una escala  
que hasta las peñas resbala...  
(Señalando á la ventana.)  
Probemos!

ERMIT. (Á Rutilio con rapidez.)  
¡Escapa, sal,  
aprovecha la ocasion,  
no aguardes á que despierte  
Rodolfo, y te dé la muerte!

RUTILIO. ¡Oh, gracias!  
(Al Ermitaño en actitud de escapar.)

TIBURON. ¡Traición, traición!  
(Reparando en la fuga de Rutilio y yendo hácia  
la ventana)

ERMIT. ¡Detente! (Parando á Tiburon.)

TIBURON. ¡Pero mirad  
que se escapa!

ERMIT. Ya lo sé.

TIBURON. ¿Y le dejais?...

RODOLFO. ¿Cómo... qué?...  
(Confuso y tratando de inquirir.)

TIBURON. ¡Por allí! (Señala á la ventana.)

RUTILIO. ¡Favor, piedad!  
(Fuera y con desesperacion.)

TODOS. ¡Oh! (Espantados.)

TIBURON. ¡Se cayó! (Va á la ventana.)

MARG. ¡Dios bendito!

TIBURON. ¡En las rocas se aplastó! (Mirando fuera.)

RODOLFO. ¿Y la escala?

ERMIT. ¡Se rompió  
(Mirando al exterior de la ventana.)  
al peso de su delito! (Destacando la frase.)

RODOLFO. ¡Cierra, cierra la ventana!

ERMIT. ¡Dios justo!

TIBURON. ¡Muy bien, así...  
(Indicando la caída de Rutilio.)  
poco que me gusta á mí  
tu justicia catalana!... (Señalando al cielo.)

WILLIAM. (Á Tiburon.) Corre y que la gente toda  
baje á la capilla.

TIBURON. Bien.

¿Y el sacerdote?

WILLIAM.

Tambien.

TIBURON. ¡Rodolfo, tenemos boda!

(Abraza á Rodolfo y desaparece por el fondo, saltando de alegría.)

RODOLFO. ¡Oh, Dios mio, me parece  
que un sueño tenaz me agita!  
¿Pero es verdad, Margarita,  
cuanto de nuevo acontece? (Absorto.)

MARG. ¡Oh, sí!

RODOLFO. Padre, y vos... y vos,  
qué anhelais? (Al Ermitaño.)

ERMIT. ¿Yo?... ¡Cosa clara,  
volver á mi islote... para  
encomendaros á Dios!

RODOLFO. Vuestra decision respeto;  
mas en pago de mi vida,  
con el alma agradecida,  
solemnemente os prometo  
que Rodolfo el pescador  
no ha de olvidar en el mundo  
el beneficio profundo  
que debe á su salvador.

(Comienza el órgano, que se supone en la capilla del castillo, fondo izquierda, á preludiar los acordes de un *Te Deum*. Trémolo en la orquesta. El Ermitaño se coloca en medio de Rodolfo y Margarita que se arrodillan y exclama con solemnidad y paulatina entonacion )

ERMIT. ¡Hijos míos, ya los sonos  
del órgano religioso  
llenan de dulce reposo  
los amantes corazones!  
(Mucha luz á la derecha de teatro.)

¡Ya el astro providencial  
(Señalando á la ventana.)  
fundió la tormenta impura,  
y á festejar se apresura  
vuestra dicha conyugal!  
Mas al tiempo de partir  
á coronar tanto anhelo,  
cuando un ministro del cielo  
os va para siempre á unir...

(Les impone las manos sobre la cabeza.)  
¡el Ermitaño Ramon  
suplica al Omnipotente  
deposite en vuestra frente  
la celestial bendicion! (Telon pausado.)

**FIN DEL DRAMA.**

THE  
LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF NATURAL HISTORY  
AND  
GEOGRAPHY  
OF THE  
CITY OF BOSTON

1875

AL MAESTRO CABALLERO.

---

Mi querido Manuel: No soy ingrato; en el éxito de este drama lírico tú tienes una gran parte. Te da públicamente las gracias tu entrañable amigo y compañero

*Márcos.*



# LIBRERIA DE ANTONINO ROMER

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

ESCORIAL A LA VISTA

GUIA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camocchia

Un tomo en 8.º en cartón.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicistas hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos a pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

## EL PRACTICÓN

Tratado completo de cocina

AL ALCANCE DE TODOS

y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Decimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas

HISTORIA

TICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia

Estados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

DN JERÓNIMO BECKER

ora, que acaba de ponerse a la venta, en amplio y fiel extracto los principales examina con imparcialidad la historia señala sus defectos y expone con minutas tales lo referente a las relaciones exte-España, siendo, por tanto, de gran interés conocer de un modo exacto el aspecto

Un tomo en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACION

DE LAS

DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

ADESTAD GATOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la Real Academia del Tribunal Supremo de Justicia, y aprobación de la Regencia provisional del

Un tomo en folio, 50 pesetas.

LIBROS ESPAÑOLES

Un completa de todos los tomos publicados en esta sociedad, de que se hallan la mayor parte en 4.º.—Precio, 900 pesetas.

